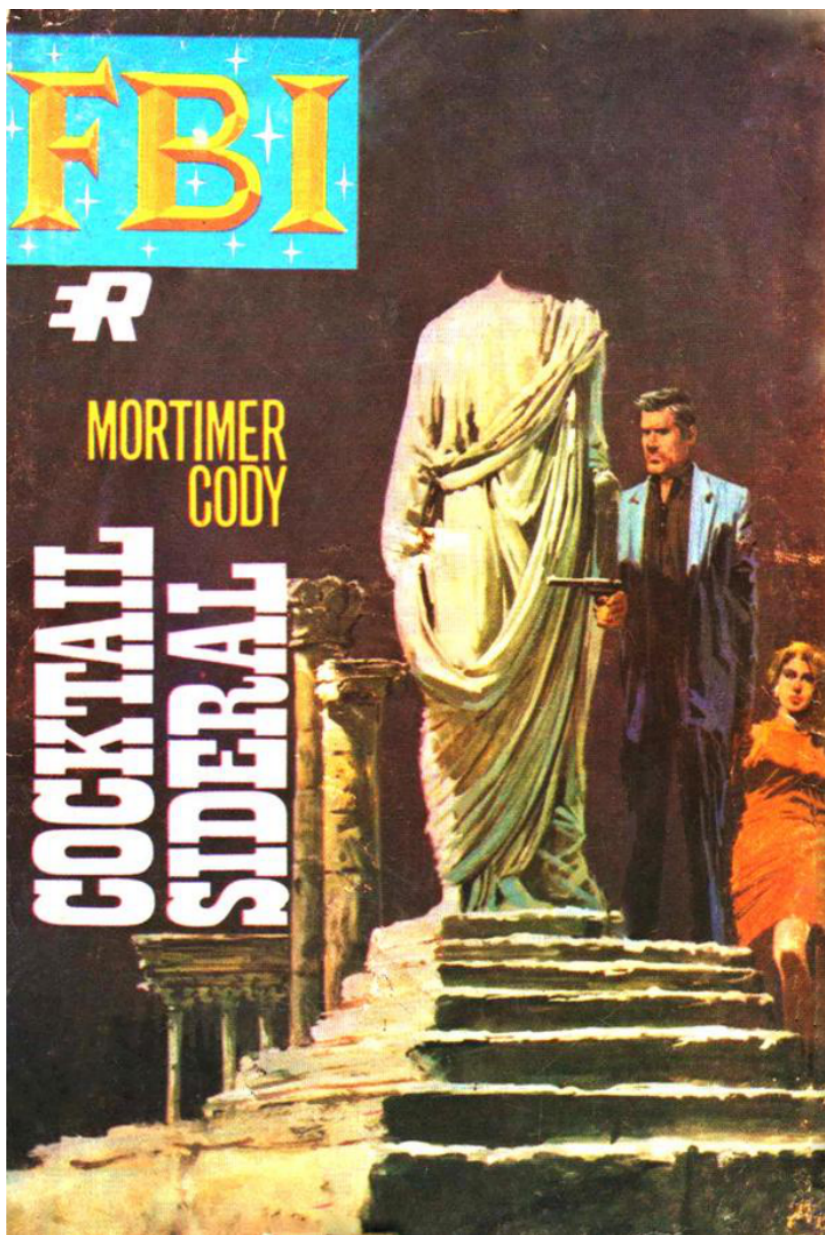


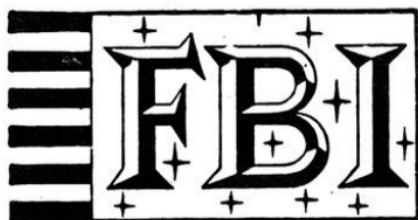
FBI

R

**MORTIMER
CODY**

**COCKTAIL
SIDERAIL**





© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Printed in Spain.
Depósito Legal: M. 12.944-1969.

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID-18

MORTIMER CODY

«Cocktail» sideral

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid-5. España.

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 879.—Huéllas en el infierno.

Colección OESTE:

Núm. 279.—Dos tumbas lejanas.

» 302.—Viento de tormenta.

» 341.—Dedos de ángel.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 262.—Un par de cachorros.

» 265.—Desató el infierno.

Colección MARSHAL:

Núm. 124.—Noche trágica.

» 127.—Adiós a un pistolero.

» 133.—Herederos de la muerte.

Colección WINCHESTER:

Núm. 5.—Sendas cruzadas.

» 14.—Una horca espera.

Colección COLT 45:

Núm. 21.—El regreso al redil.

» 25.—Ha muerto un desconocido.

Colección F.B.I.:

Núm. 883.—Quieren asesinarme.

» 886.—Muerte bajo cero.

» 889.—Lección de espionaje.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 59.—Plan 2.500 en marcha.

» 65.—El monstruo.

» 72.—La muerte de cara.

I

RESULTABA curioso, llamativo, aquel rótulo luminoso, en rojo, que parecía surgir de las aguas, en sus intermitencias. Podía leerse: «Club Riviera». Por los dibujos que acompañaban aquellas letras, no había que realizar el menor esfuerzo imaginativo; el «Club Riviera» era uno más, con la particularidad única de que el local era un yate, anclado en aquellos momentos en la playa de Lido, esa franja de tierra alargada y estrecha que defiende Venecia de alta mar.

Naturalmente, el luminoso destacaba poderosamente en el oscuro horizonte marino, no lejos de la playa; a unas trescientas yardas, y muy cerca de uno de los pequeños muelles de Lido. Había muchas luces, sí, pero ninguna con la fuerza mágica de las del «Club Riviera», que, en realidad, era también el nombre del yate. Un club flotante, errante, matriculado en Génova.

Ése era el «Club Riviera»; un yate que ofrecía incluso tantos alicientes como el propio casino de Lido. La prueba no podía ser más contundente: la afluencia de público. El «Club Riviera» ofrecía juego, espectáculo, baile y tanta bebida como admitiera el consumidor.

Un lugar alegre, despreocupado; un lugar invitador en principio, si bien, como es natural, muchos de los clientes no salían tan entusiasmados como al principio, especialmente aquellos que habían pasado por la ruleta con escasa fortuna.

Aquella noche, como las dos anteriores que llevaba el «Club Riviera» anclado en la playa de Lido, el aspecto de los salones del yate era magnífico, rutilante. El ambiente espeso, atrevido; mujeres hermosas, hombres a los que una aventura de cualquier tipo les servía de sedante... Aunque el «Club Riviera» no era, precisamente, un lugar para relajación. Todo allí tenía mordiente, tensión.

En el diminuto despacho del club flotante, un hombre, por sendas mirillas colocadas a derecha e izquierda podía ver lo que sucedía en la sala de juego y en la de espectáculos.

Raramente se producían altercados en el yate, puesto que estaba reservado el derecho de admisión, y a todo el mundo gusta que la gente sepa ganar o perder con elegancia. Y quien dice perder, dice otras cosas. Porque, por ejemplo, había quien se emborrachaba con elegancia, y ni siquiera había que sugerirle que abandonase el yate. Otros, en raras ocasiones, se mostraban algo agresivos, y con toda amabilidad eran invitados a abandonar el yate. Otras veces, alguna deslumbrante estrella del espectáculo soportaba ciertas impertinencias, y el impertinente, siempre con exquisita amabilidad por parte de la administración del yate, era embarcado en una lanchita y devuelto a la playa.

Pero, hay que insistir, los incidentes no menudeaban. La gente comprende que a determinados lugares no se puede ir con la cartera cerrada como las valvas de una almeja, o de una ostra.

Pues sí: aquella noche era tan absolutamente plácida como la mayoría, pese a que la sala de juego, lo mismo que el bar, con espectáculo y baile, rebosaban gente.

El administrador, un italiano llamado Sandro Pascutti, tras su ojeada por las mirillas, se sentó en su sillón giratorio, encendió un cigarrillo turco y tabaleó, algo nervioso, con los dedos sobre el escritorio, forzosamente reducido.

Pensaba en Simone Durand, la dueña del yate, y, como si su pensamiento tuviera fuerza, Simone Durand estaba empujando la puerta; penetró en el despacho y se encaminó hacia un sillón, sonriendo un poco cansadamente a Pascutti.

—Esta noche es horrible, Sandro —dijo.

—Yo diría que productiva, Simone.

—Oh, eso sí, pero... estoy agotada.

—Ve a descansar.

Simone Durand reflexionó unos instantes.

Era una mujer de cuarenta años escasos, quizá un poco gruesa, pero resultaba sumamente agradable, especialmente por su aire de gran mundo. Su elegancia era sobria, discreta, como sus vestidos, casi siempre oscuros, sin buscar resaltar sus formas, aún muy sugestivas, ciertamente.

Tenía el cabello rubio oscuro y los ojos azules; bonita boca, en la que, a veces, se notaba el cansancio. El vestido que llevaba aquella noche era negro, de falda larga hasta el tobillo, y con un escote más pronunciado en la espalda que en el busto. El discreto collar, una pulsera y un aro de oro en el anular de su mano izquierda era toda su joyería en aquellos momentos.

—¿Temes que ocurra algo si no estás en las salas? —inquirió Pascutti ante la vacilación de Simone.

—No... No es eso, Sandro.

—¿Entonces?

—Ya sabes que me resisto cuanto puedo a abandonar mi puesto. Pero ésta es la tercera noche consecutiva en Venecia; la tercera horrible noche. Me pregunto si vamos a tener que esperar mucho más aquí.

—Podimos hacer las cosas de otra manera, Simone.

Ella miró rectamente a Sandro a los ojos, muy negros; un poco juntos, pero el detalle restaba poco atractivo al espigado Sandro, muy elegante con su «*smoking*».

—¿Cómo lo hubieras hecho tú, Sandro? —inquirió la dama.

—No sé... Detenernos en cualquier puerto y cerrar el club, en espera de los acontecimientos.

—Muy cómodo, sin duda. Pero yo no veo la necesidad de cerrar el club, Sandro. En realidad, mientras brillan todas estas luces, hay otra que se apaga, se difumina. Comprendes, ¿no? Nuestro club es un magnífico camuflaje.

—No discuto eso. Pero, por una vez...

—No veo la diferencia con otras anteriores, Sandro. En definitiva, estamos discutiendo solo porque me encuentro un poco cansada y tú has sugerido antes el mejor modo de solucionarlo: retirarme.

—Eso es... Te ahorrarás la tensión de la espera.

—Si puedo dormir, sí.

—¿Por qué no has de poder?

—Porque suelo pensar demasiado... —suspiró Simone—. No nos engañemos, Sandro; esta vez se trata de algo importante. La operación más importante realizada por nosotros.

—Lo admito. No obstante, se resuelve con la misma facilidad que las otras. ¿No?

—Bien..., al menos no se ven dificultades... por ahora, claro. A veces, creo que tenemos excesiva suerte. Y una sabe que la suerte no dura siempre.

Sandro Pascutti sonrió, mostrando su cuidada dentadura.

—¿Eres supersticiosa? —inquirió.

—No. No es eso, Sandro... Pero creo en los ciclos o épocas de buena y mala suerte; creo en los ciclos de alternativas en la vida de la gente, y, claro, me incluyo. Hay quien afirma que cada siete años varía ese ciclo; o, lo que es lo mismo, que cada siete años un nuevo ciclo aparece en nuestras vidas.

Pascutti, un tanto escéptico, meneó la cabeza.

—Bien..., eso es posible, pero...

—Podría contarte mis ciclos, los tengo bien estudiados. Tengo cuarenta y dos años, y se termina uno de esos ciclos. Dejemos aparte los dos primeros, a los que no se concede importancia. El tercer ciclo empieza a los veintiún años; para mí, el ciclo más feliz de mi vida. Me enamoré, me casé, fui feliz al máximo..., hasta que a los veintiocho años me quedo viuda. Empieza el cuarto ciclo, y soy desdichada al máximo; una compensación..., o descompensación, del ciclo anterior. A los treinta y cinco años cambia mi suerte de nuevo, y empiezo con este yate, que me ha proporcionado no pocas satisfacciones. Y..., ya son siete años los que trabajo con el «Club Riviera»... Se ha agotado el ciclo...

—Y ahora —sonrió Pascutti— corresponde un ciclo malo.

—Eso me temo...

—¿Sabes una cosa, Simone?, yo no pensaría en esas...

—Tonterías, dilo.

—No, no... Tú eres inteligente. Comprende mi asombro.

—Sí, desde luego...

—Toma algo y ve a descansar. Creo que estás un poco deprimida.

—Probablemente sea eso.

—¿Algo fuerte?

—No. No es necesario. Un poco de *whisky* tan sólo.

Pascutti preparó un *whisky* para Simone, la cual, con el vasito en la mano, se puso en pie, acercándose al «ojo de buey» encarado a Lido, donde podía apreciarse la luminosidad del casino, las sombras compactas, bien alineadas, del complejo balneario y turístico de la

playa. Las luces del rótulo, intermitentes, se reflejaban en el agua.

Un mundo extraño el suyo... Había conseguido la felicidad, la había perdido; había recobrado cierta comodidad, y...

Apuró el *whisky*; quizás tontamente se sentía supersticiosa.

Se volvió, notando que Sandro Pascutti la observaba.

—Te haré caso, Sandro. Voy a intentar dormir.

—Es lo mejor. Y no te preocupes por nada.

—En absoluto. Eres eficaz y seguro, Sandro. A veces, creo que estás enamorado de mí.

Sandro sonrió.

—Tal vez, Simone. Lo que sí puedo asegurar es que me encuentro aquí perfectamente; quizás sea para lo único que sirvo.

—Oh, no... Vales más, mucho más... Algún día haremos grandes cosas, Sandro. Por el momento...

—Que transcurra el ciclo —sonrió Sandro.

—Sí. Buenas noches, Sandro.

—Procura descansar. No creo que tengamos que esperar mucho ya.

—Ojalá no.

Y ella se marchó del despacho, dejando solo a Sandro Pascutti.

Eran algo más de las dos y media de la madrugada cuando de nuevo se abrió la puerta del despacho de Pascutti. Aquella vez era Ángela Merlati quien hizo su aparición. Ángela era joven, hermosa, con grandes ojos negros, como el cabello, y piel fina tostada por el sol. Llevaba un minivestido que la convertía en algo juvenil, lozano.

Pascutti la conocía bien. Ángela, en realidad, en ciertas cosas y para determinadas personas, era muy abierta y liberal. Ángela no opuso nunca reparos a ciertas... peticiones de Pascutti; Ángela, con su particularísima idiosincrasia, no negaba nunca nada a sus amigos.

Y Pascutti la conocía; algunas noches, a aquellas horas, Ángela, si había bebido un poco, se presentaba en el despacho de Pascutti, con una luz en sus pupilas fácilmente identificable. Pero aquella noche, la mirada de Ángela era distinta; no sonreía, no velaba los ojos. Aquella noche, sus pupilas estaban algo contraídas, y un rictus nervioso deformaba algo la bonita boca.

Pascutti adivinó que algo ocurría y se puso en pie.

—Cierra de una vez, Ángela. ¿Qué ocurre? —inquirió.

—¿Has visto a Simone?

—Está en su camarote; se fue a descansar.

Ángela meneó negativamente la cabeza.

—No está allí.

Pascutti se humedeció los labios.

—Tal vez ha preferido despejarse en cubierta.

—No, no... Simone no está en el yate, Sandro.

—No digas tonterías. Espera..., ha podido ocurrir lo que esperábamos, y Simone se ha ocupado del asunto.

—¿Sin decirnos una palabra?

—Bien...

—Otra cosa, Sandro, y también es importante. Pensé lo mismo que tú has dicho ahora, y bajé a la bodega... Parkowian no está.

Sandro Pascutti palideció intensamente.

—¿Estás segura, Ángela? —musitó.

—Ya me conoces, Sandro.

—Sí... Bueno, entonces, tenemos que ni Simone ni Parkowian están en el yate. Por cualquier causa, Simone no ha podido avisarnos de que nuestra espera ha terminado. Yo no me preocuparía mucho, Ángela. Si ninguno de los dos está en el yate, puede decirse que misión cumplida. Por tanto, sólo nos resta que esperar a Simone.

Ángela tomó uno de los cigarrillos turcos de Pascutti y lo encendió.

—Sandro: no existe razón alguna que impidiera a Simone comunicarnos que nuestra espera había terminado —dijo.

—Por favor, Ángela...

—No estoy tranquila; no puedo estarlo.

Pascutti reflexionó unos instantes.

—Vamos —dijo.

—¿A dónde?

—A buscar a Simone y a Parkowian. O a uno de los dos.

—No están en el yate, Sandro.

El italiano notó que el sudor apuntaba en su frente. Salió de detrás de su escritorio, quedando frente a Ángela.

—Buscaremos —dijo.

—Romano,

D'Amato

y Rizzo no saben nada aún. ¿Crees que sería oportuno decírselo?

—Déjales por ahora. Cada uno está cumpliendo su función. Por otra parte, no considero oportuno alarmar a nadie..., empezando por nosotros dos. Examinaremos todo el yate, y nos dedicaremos a una prudente espera antes de tomar una decisión. Andando, Ángela.

Salieron del despacho y atravesaron el bar, donde había un bullicio discreto. Se bailaba en aquellos momentos, y la música sonaba como espeluznantes chirridos en los oídos de Sandro Pascutti, quien se sintió mejor cuando salieron al pasillo de los camarotes. El de Simone era el que hacía recodo, casi bajo las escalerillas que conducían a cubierta. Sandro, en silencio, abrió la puerta. Ello indicaba que Simone no estaba allí; de otro modo, hubiese corrido el cerrojo. De Simone, con justicia, no podía decirse lo mismo que de Ángela.

—No está —musitó Ángela.

—No. Vamos a cubierta.

—Es inútil, Sandro...

—¡Vamos!

—Como quieras... No obstante, no es aconsejable perder la serenidad.

Sandro cerró la puerta del camarote de Simone y rezongó:

—Lo siento, Ángela. La verdad es que eres tú quien me pone nervioso. Simone puede estar en cualquier lugar del yate..., o en tierra con Parkowian.

—No falta ningún bote, y las dos lanchas están abajo.

—Por favor, Ángela...

Se miraron, muy alarmados.

Pascutti tomó de un brazo a Ángela y subieron a cubierta; recorrieron el yate de proa a popa; miraron en el puente de mando, en la cabina. Era inútil... Las luces de Lido, las intermitencias del luminoso del yate, parecían burlescas; muecas irónicas. Pascutti y Ángela comprobaron una vez más que los botes estaban intactos y que las dos lanchas sujetas a las escalerillas del buque se mecían apaciblemente en las aguas.

—Vamos a la bodega —dijo Pascutti.

Ángela no despegó los labios.

Tres minutos más tarde estaban en la bodega, cuyo techo

correspondía al suelo del salón de baile, y se percibía claramente el arrastrar de pies o el golpeteo según la música.

En la bodega no estaba Parkowian.

No había nadie.

Ángela miró a Pascutti a los ojos.

—¿Qué hacemos, Sandro? —musitó.

—Esperar. A las cuatro empezará a desfilar la gente; no conviene mostrar alarma. Como si nada ocurriese. Tan pronto nuestro último cliente haya abandonado el yate, empezaremos a trabajar. Conviene, por lo que pudiera ocurrir, que pongas al corriente a D'Amato,

Rizzo y Romano. Se trata, simplemente, que nuevos acontecimientos no nos sorprendan. ¿De acuerdo? Anda, ve a decírselo.

—¿Y tú?

—No sé qué puedo hacer, pero no me encerraré en el despacho. Un vistazo a nuestros clientes puedo aclarar algo..., aunque lo dudo. A las cuatro sabremos, espero, lo ocurrido, o parte.

II

EL hombre caminaba por delante de los cientos de casetas de baño instaladas a todo lo largo de la playa de Lido, procurando no pisar la arena. Como distraído, como un turista más, con su cámara fotográfica colgada del cuello, el hombre observaba el perfecto colorido de aquella playa atestada de gente; el mar con sus blancos ramalazos, a causa de las velas de embarcaciones, balandros. Pasó por delante del lugar donde están instaladas las banderas de diversos países, como una bienvenida al turismo internacional.

Aquel hombre vestía unos téjanos claros, un «polo» y una cazadora bastante holgada. A simple vista, con su cámara y su atuendo, no podía despertar el interés de nadie, si se exceptúan las nenas que suspiran por tipos varoniles, altos, fuertes, con rostro de piedra.

Morgan Clayton era su nombre. Cabello oscuro y ojos pardos. Una particularidad: agente especial del FBI.

Cuando Morgan Clayton llegó al muelle doce, se metió por la arena, en busca del puente de madera, con sólidos puntales que estaban bajo el agua. Caminó por el puente, largo y estrecho, observando las embarcaciones varadas allí. El «Club Riviera» era uno más de los cuatro o cinco yates amarrados en el muelle. Las letras del

«yate-club»

estaban, naturalmente, apagadas, y su blanco casco emitía destellos bajo un sol deslumbrante.

Frente al yate, a un paso de la escalerilla, miró hacia lo alto.

No vio a nadie y empezó a ascender.

Segundos más tarde se hallaba en cubierta y vio a Ángela. El hombre del

F. B. I.,

sonrió levemente. Ángela, por lo visto, no quería broncearse con ciertas desigualdades del color a la que casi todas las damas se resignan. Ángela también vio al hombre, y, casi con desgana, alargó una mano, tomando el albornoz. Lo extendió, se colocó detrás, y se lo puso, volviéndose luego hacia el recién llegado.

—Pudo avisar —dijo Ángela por todo reproche.

—Admito que tengo la mala costumbre de no anunciarme —sonrió Morgan Clayton—. No obstante, a veces tiene sus... compensaciones.

—Dicho así, hasta parece una galantería. De todos modos, señor, imagino que no pretenderá que el club esté disponible a estas horas, y para usted solo. Por otra parte, el club no se abre desde hace dos noches. Estamos preparando nuestra salida.

Morgan Clayton parpadeó ligeramente.

—Alguien me espera aquí —dijo, mirando a Ángela a los ojos.

—¿Quién es usted? —Me llamo Clayton. Morgan Clayton, agente del

F. B. I.

Ángela le observó silenciosa, imperturbable, durante unos instantes. El hombre del

F. B. I.,

observó que ella estaba muy preocupada.

—¿Puede demostrarlo? —inquirió por fin.

—Me gustaría saludar a Simone.

Ángela bajó la mirada.

—Me temo que no va a ser posible —musitó.

—Estamos perdiendo el tiempo...

—Creo que sí. ¿Quiere seguirme?

—Con gusto.

Ángela echó a andar y Morgan detrás, observando desde medio muslo hacia abajo la rotundidad de las caderas de aquella espléndida morena. Llevaba el cabello recogido, y también su nuca estaba tostadita. Erguida, de contornos suaves... Morgan se dijo que aquello empezaba bien, aunque algo le desconcertaba. Siguió a Ángela por las escalerillas, bajaron, yendo directamente al despacho ocupado por Pascutti. Ángela, según su costumbre, abrió sin llamar. Pascutti alzó la cabeza y miró alternativamente a Ángela y al

hombre del

F. B. I.

—Por fin ha llegado, Sandro —musitó Ángela.

Pascutti sonrió con cierta amargura.

—Pase —dijo mirando a Morgan—. Y tú quédate, Ángela.

Penetraron ambos en el despacho. Ángela fue a sentarse en un sillón, tras tomar un cigarrillo turco de la caja de Pascutti. La joven cruzó las piernas amenizando el espectáculo. Pero ni Pascutti parecía dispuesto a mirarla, ni Morgan, un tanto alarmado, reparó en ella.

—¿Puede identificarse? —inquirió Pascutti.

En silencio, Morgan extrajo de la cámara fotográfica que llevaba al cuello una delgada película; una lámina de celuloide, que entregó a Pascutti. Éste se acercó al «ojo de buey» para examinarla.

—Le aconsejo que se dé prisa —dijo Morgan.

Pascutti le echó un vistazo de perplejidad. Luego observó la lámina, que era un camuflaje fotografiado de la identidad de Morgan. Estaba su fotografía, su nombre y el sello del Departamento de Justicia de los Estados Unidos. Pascutti seguía observándola cuando, de súbito, tuvo que soltarla, puesto que la lámina se había inflamado. Ardió un par de segundos, consumiéndose luego, por completo.

—Espero que haya tenido tiempo —dijo Morgan—. Era una precaución necesaria. El celuloide llevaba un ácido inflamable al simple contacto con el aire.

Pascutti asintió con la cabeza. Se sentó.

—De acuerdo, señor Clayton. Yo soy Pascutti, y ella Ángela.

—¿Y Simone?

Pascutti se humedeció los labios.

—Ha muerto —musitó.

Morgan miró con cierta expresión de desconfianza a Pascutti y a Ángela.

—¿Cuándo ocurrió? —inquirió tan sólo.

—Hace dos noches.

—¿Y... ese hombre, Parkowian?

—Desaparecido.

Morgan miró fijamente a Pascutti.

—Supongo que existe una explicación —dijo, un tanto

secamente.

—Por supuesto. Una: ustedes se han retrasado, señor Clayton. En todo momento supusimos que el asunto era tan importante como para movilizar de inmediato al

F. B. I.,

organismo que fue avisado por Simone. Ésa es la primera explicación.

Pascutti había hablado no menos secamente que Morgan, quien tras una breve sonrisa, dijo:

—El retraso es cierto. Pero me pregunto hasta qué punto ha influido. A ustedes les conocemos bien, y sabemos de su alta eficacia, Pascutti. En cuanto a Simone..., créame que lamento lo ocurrido. Tal vez el

F. B. I.,

tenga que dedicarse a vengar también a las viudas de sus agentes especiales. Podemos pasar a la segunda explicación.

—Ésa será... gráfica, señor Clayton. Ángela.

Ángela se movió, para dirigirse hacia el «ojo de buey». Corrió una cortinilla granate y apagó la luz del camarote-despacho, dejándolo sumido en la penumbra. Morgan, en principio, tenía la mano muy cerca de un hueco de su cazadora, pero sonó la voz de Pascutti:

—Siéntese, señor Clayton, y esté atento a la pared.

Morgan obedeció silencioso.

Encendió un cigarrillo, mientras oía los preparativos de Pascutti, quien iba a pasar una cinta por el proyector. Ángela, por su parte, se había sentado de nuevo, y seguía con el espectáculo sin admiradores. Pascutti terminó los preparativos, y dijo:

—En el camarote de Simone había instalada una cámara tomavistas, bien oculta, naturalmente, y que se ponía automáticamente en funciones, a menos que fuese detenida desde la entrada, con un manejo especial del interruptor de la luz. A veces esta precaución exagerada de Simone nos parecía un tanto... absurda, ingenua, pero está demostrado que ella tenía razón. Ahora observe la película, señor Clayton. Está claro que el hombre que verá desconocía la instalación de la cámara.

Y empezó a proyectarse la película.

—Se ve con toda nitidez, pese a que el camarote estaba a

oscuras —dijo Pascutti—. Hoy existen ingenios excelentes. Pero vea.

Morgan estaba atento a la pantalla.

En primer lugar, se veía a un hombre, de frente, penetrando en el camarote de Simone. El hombre exhibía un rostro tenso y actuaba con precauciones. Vestía un traje de goma, la cual brillaba, húmeda aún.

—En principio, se puede afirmar que ese hombre llegó por mar —dijo Pascutti—. Vea... Entra, y lo único que hace es disponerse a esperar.

En efecto. Durante unos minutos, la película mostraba invariablemente a aquel hombre, inmóvil, a la espera. Entre las manos, llevaba algo que podía identificarse como un trozo de cable metálico.

Pascutti comentó:

—Lamentando mucho la muerte de Simone, hay que celebrar, sin embargo, dos cosas. Una: que no se terminase la película, puesto que de ocurrir ello algunas cosas hubiesen quedado en el anónimo. Dos: que el tipo no diera tiempo a Simone a tocar el interruptor de la luz de ese modo especial que detenía el movimiento de la cámara. Vea: entra Simone. Se ve su rostro. Luego, ya el hombre la atrapa y la introduce a la fuerza en el camarote a oscuras, cerrando la puerta. Seguimos viendo la película nítida: el hombre, sin molestarse en abrir la boca, ha rodeado el cuello de Simone con el cable, y...

Pascutti calló.

La cinta seguía proyectándose.

Morgan, entornados los ojos, veía el tirón que el tipo daba a los extremos del pedazo de cable, enroscado en torno al cuello de Simone. Y Simone se desploma casi inmediatamente, muerta. Luego, el hombre se acucilla junto a ella y de un tirón destroza el vestido de Simone, por la parte del busto, dejando al descubierto las formas de Simone. Entre los senos, Simone lleva algo, que le es arrancado de un tirón. El hombre se está poniendo en pie cuando se abre de nuevo la puerta y el rostro de una mujer se hace perfectamente visible en la pantalla. Ella dice algo, y el hombre asiente con la cabeza, e inmediatamente ambos abandonan el camarote de Simone, dejándola en tierra, estrangulada. Apenas un minuto más tarde, otro hombre aparece en el camarote y arrastra a

Simone hacia el pasillo.

Cuando se cierra la puerta, fin de la película.

—Puedes encender la luz, Ángela, y descorrer la...

—Un momento —dijo Morgan—. Les haré unas preguntas y luego veré de nuevo la película. Esos tres rostros tengo que memorizarlos.

—De acuerdo. Su primera pregunta la imagino, quiere saber lo ocurrido con el cuerpo de Simone.

—Bien...

—¿Ha observado el traje submarino del hombre que la asesinó?

—Sí —dijo Morgan.

—Pues bien, ese hombre llegó y se marchó por mar. La mujer y el otro hombre eran clientes nuestros aquella noche. Ellos fueron quienes prepararon todo. Le diré lo que hicieron...

—¿Lo que hicieron, o lo que usted imagina que hicieron? —inquirió Morgan.

—Todo demuestra que lo que he imaginado es cierto —dijo Pascutti—. Escúcheme, por si quiere hacer alguna observación o cree que me he equivocado en algo. Empezaremos por lo que el asesino roba del escote de Simone: una llave que ella conservaba de modo especial; la de la bodega, donde estaba oculto Parkowian. El asesino y la mujer, entonces, con la llave, corren a la bodega. Simultáneamente, el otro hombre que hemos visto retira el cadáver de Simone, lo lastra y lo echa al agua...

—¿Han comprobado eso?

—Desgraciadamente, sí —dijo Pascutti—.

D'Amato,

uno de los nuestros, descendió al fondo; halló lastrado el cadáver de Simone. Bien..., no lo hemos tocado.

—Supongo que a ella no debe importarle ya —musitó Morgan—. Siga, Pascutti.

—Bueno,

D'Amato

bajó porque todo indicaba que realizaban las operaciones por mar. Prosigo: mientras el tercer elemento echa lastrado el cadáver de Simone al agua, el asesino y la mujer bajan a la bodega, abren y capturan a Parkowian. Ella, tal vez, lleva pistola. Le obligan a salir de la bodega, y, una vez en cubierta, donde el hombre que ha

arrojado el cadáver de Simone al agua vigila, entre la mujer y el asesino obligan a Parkowian a colocarse botellas de oxígeno, y lo mismo hace el asesino, que debió llegar con la suyas y el repuesto para Parkowian. Huyen, pues, por debajo del agua, en una operación de asombrosa limpieza..., de no ser por la cámara.

Morgan asentía con la cabeza.

—Pudo suceder así —musitó—. De hecho, debió ser así.

—Pensaré que debimos darnos cuenta de lo que ocurría.

—En cierto modo...

—Tiene una explicación nuestra ignorancia, señor Clapton: el yate, «Club Riviera», es una auténtica locura, que nos absorbe a todos... Pudieron trabajar con cierta holgura... En cuanto a la película, la revelábamos y proyectábamos por primera vez a las cinco de la mañana.

—¿Por qué esa demora?

—Dos razones. Una: ni siquiera podíamos imaginar que era eso lo ocurrido. Más bien nos inclinábamos a pensar que usted, el representante del

F. B. I.,

había llegado por fin, y Simone lo hacía todo sola, por no despertar la atención de nadie de yate. Segunda: Simone estaba cansada, deprimida, y podía ser que estuviera en tierra..., aunque tal posibilidad era remota, dado que los botes y las lanchas del yate estaban en su sitio. Pero no quisimos precipitarnos... y ahora hay que lamentarlo. De haber revelado la película inmediatamente, tal vez el hombre y la mujer que se quedaron en el yate hubieran sido atrapados.

Morgan asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Siempre son desconcertantes hechos de esta naturaleza.

—Sí. En definitiva, señor Clayton, usted sabrá lo que debe hacer, si quiere recuperar a Parkowian, y si es cierto que quiere vengar a la viuda de un agente del

F. B. I.

Morgan meneó la cabeza.

—Pobre Simone... —musitó—. Fue un extraordinario caso de lealtad.

—¿La conocía personalmente?

—No, no... En Washington, naturalmente, existen todos sus datos bien clasificados. Contrajo matrimonio con un hombre del F. B. I.,

hace catorce años. Siete años después quedaba viuda... Y siete años más tarde muere... Mientras, nos ha ayudado en infinidad de ocasiones, y eso ustedes lo saben bien.

Pascutti se sintió algo incómodo al oír mencionar a Morgan los períodos o ciclos de siete años. Simone debió tener el presentimiento.

—Así es, señor Clayton —dijo—. El «Club Riviera» no ha sido en todo momento un alegre baile-casino. Hemos recuperado alijos de estupefacientes, hemos desbaratado contrabando de armas, hemos anulado grupos enemigos de su país... Un trabajo constante, puede decirse.

Morgan miró a Pascutti a los ojos.

—¿Qué harán ustedes ahora? —inquirió.

—No sé... Eso lo debemos decidir entre Ángela, yo, D'Amato,

Romano y Rizzo... Sin embargo, es casi seguro que descansaremos una temporada. Por lo visto, el «Club Riviera» ha dejado de ser un camuflaje perfecto.

—Comprendo.

—Pero no es todo, señor Clayton. En estos momentos tenemos algo que quizás le sea útil, puesto que Rizzo está en Génova, y tenemos noticias suyas. No olvide que todos nosotros conocemos a esa mujer, al asesino y al otro hombre. Pues bien: Rizzo ha descubierto a la mujer en Génova. Ha comunicado que está sola. Ni rastro de los dos hombres ni de Parkowian. Puesto que usted ha llegado, por fin, supongo que lo que hará de inmediato será sustituir a Rizzo en la misión de vigilancia de esa mujer.

—No creo que quede otro camino, pero...

—No le entiendo: esa mujer forma parte de la organización, señor Clayton —dijo Pascutti—. En realidad, le brindamos una magnífica pista.

—Aparentemente, así es, Pascutti, pero no creo que todo sea tan fácil.

—Bien.

—Esa mujer es un cebo para que perdamos el tiempo con ella,

mientras que el resto del grupo trabaja con Parkowian. Ustedes pudieron llegar con el yate a Mallorca o a Barcelona. Tal vez ahora no estaríamos lamentando la muerte de Simone y la captura de Parkowian.

—Simone era quien daba órdenes —gruñó Pascutti.

—Está bien, ya no importa... Y es de suponer que Parkowian vale realmente la pena.

—Puesto que un grupo audaz, con recursos, se ha puesto en evidencia para capturarlo, yo diría que es de suma importancia —dijo el italiano Pascutti.

—Sí, claro... No obstante, hemos perdido a Simone, la eficacia del «Club Riviera», puesto que ustedes, forzosamente, han de permanecer inactivos cuando menos una larga temporada, y..., a cambio, tenemos una mujer constituida en cebo...

—¿Por qué un cebo? Ella no sabe que Rizzo la ha descubierto.

—¿No? —sonrió Morgan—. Ojalá. Y no sigamos enumerando pérdidas; es deprimente. ¿Quiere pasar la película de nuevo, Pascutti? Me interesan mucho esos tres rostros.

—De acuerdo.

Se proyectó nuevamente la película, y Morgan estuvo seguro de que aquellos rostros los reconocería en cualquier momento y lugar. El de la mujer era notable por su belleza, de una perfección rara. Parecía griega, por la forma de su rostro, por la nariz, recta, pequeña, por los cabellos. El asesino era un hombre fuerte, bien formado, cuyo rostro denotaba firmeza, sangre fría; sus ojos eran muy claros y la nariz grande. El otro tipo era más vulgar; facciones regulares, ojos y cabellos castaños, muy planchados hacia atrás.

—Es suficiente —dijo Morgan.

Se cortó la proyección, y Ángela descorrió la cortinilla y encendió la luz.

Quedó un instante mirando por el «ojo de buey», mostrando la mitad de sus bonitas piernas.

—Deberíamos abandonar Venecia —murmuró—. Desde lo de Simone, siempre estoy temiendo algo.

Pascutti se encogió de hombros.

—Ya lo estudiaremos —dijo—. Usted, señor Clayton, querrá saber cómo localizar a Rizzo.

—Así es. Partiré hacia Génova hoy mismo.

—Vaya a la plaza Cavour, detrás de los depósitos del Puerto Franco, número dieciocho.

—¿Alguna contraseña?

—«Il nostro Mare Ligúrico».

—De acuerdo. ¿Puedo conocer a Rizzo de algún modo?

—No le entiendo...

—Siempre puede haber alguna sorpresa desagradable.

—Bien... Busca alguna fotografía de Rizzo, Ángela.

—Sí.

Ángela salió del camarote-despacho.

—¿Quiere tomar algo fresco,
señor Clayton?

—inquirió Pascutti.

—Se lo agradezco, un martini con hielo.

Allí, en el despachito, había lo necesario. Pascutti sirvió tres martinis, en espera de la llegada de Ángela, que llegó poco más tarde, con una fotografía de Rizzo, un joven atlético, vestido con bañador, con un fusil acuático en la diestra y el arpón con un pulpo en la zurda. El hombre del

F. B. I.,

observó los rasgos de Rizzo y asintió con la cabeza.

—Es suficiente —dijo—. Gracias.

—Sepa que en cuanto usted llegue a Génova y se ponga en contacto con Rizzo, él regresará, señor Clayton —dijo Pascutti.

—No importa. Lo comprendo, en realidad.

—Por su éxito, señor Clayton.

—Chin-chin.

Morgan no pareció muy entusiasmado por el brindis. De todos modos, tomó el martini y luego se puso en pie.

—Lamento que las cosas se hayan desarrollado de esta forma —dijo—. Un poco por culpa de todos, porque nuestros enemigos también cuentan.

—Temibles enemigos —musitó Ángela, estremeciéndose.

—Temibles, en efecto... Creo que es todo. Ha sido un placer, Ángela, Pascutti...

—¿Tendremos noticias tuyas, señor Clayton? —inquirió Pascutti.

—No lo sé. Les sugiero, sin embargo, que puestos a abandonar sus actividades, siquiera sea temporalmente, se desliguen de un

modo total de esta clase de asuntos. Algún día pueden volver a sernos útiles, pero no si ahora se ponen excesivamente en evidencia.

—Comprendido, señor Clayton. De nuevo, buena suerte.

III

A las ocho de aquella noche, Morgan Clayton había pisado Génova. Y poco después estaba en el hotel «Saffi», en Via Maddalena, en lo más intrincado de la ciudad vieja, en el perímetro del puerto, hasta el punto que desde el hotel, con la ventana del cuarto abierta, se olía a mar; a ese mar sucio del puerto, con mezclas indefinibles.

Morgan se entretuvo poco tiempo en su cuarto. Se cambió de ropa, poniéndose un pantalón gris, suéter negro y la cazadora, con el hueco para la automática. Así salió a la calle, y no se preocupó de buscar vehículo alguno, puesto que Via Maddalena queda cerca del Puerto Franco, y se trataba de un simple paseo.

A las nueve y media estaba ya detrás de los muelles del Puerto Franco, sin luz; en casi completa oscuridad, en contraste con el centro del viejo puerto, arqueado, con sus muelles y silos, sus tinglados con luces un tanto mortecinas.

Cuando llegó a Piazza Cavour, rectangular, dio una vuelta en busca del número 18, que resultó ser una casa de dos plantas, vieja, con paredes húmedas y, a buen seguro, saladas, si alguien tenía tripas para lamerlas. Además, había dos pisos por rellano. Morgan se metió en el edificio, un tanto indeciso. No obstante, oyó música de piano en el primer rellano, primera puerta, y dedujo que era muy poco probable que Rizzo anduviera con aquellas tonterías en momentos difíciles. En la segunda puerta del segundo rellano, una tarjeta indicaba qué allí Vivian el señor y la señora Dogall. Pasó al segundo piso.

El rellano estaba silencioso. Morgan se encogió de hombros y llamó en la primera puerta.

No había respuesta.

Insistió un par de veces, sin resultado. Iba a dirigirse hacia la segunda puerta del rellano, cuando pareció pensarlo mejor, y lo que hizo fue extraer un aparato diminuto, de múltiples utilidades, entre ellas, linterna y ganzúa.

Abajo seguía sonando el piano.

De la plaza llegaba algún ruido aislado; algún coche que rodaba cerca...

Introdujo la ganzúa en la cerradura, y un leve chasquido le indicó que ya podía abrir la puerta. Empujó y se coló en el interior del piso, que olía a desocupado, y con un silencio tal, que hasta la respiración resonaba, por lo cual podía decirse también que estaba vacío, o casi.

Cerró la puerta sin hacer ruido, y con la linterna alumbró el corto pasillo, que daba al comedor, y de allí a una serie de estancias, tres en total. Una vez en el comedor, encendió la luz del piso. Pues no.

No estaba deshabitado; por lo menos, alguien había comido allí recientemente y había bebido vino calabrés; por lo menos, era el rótulo de la botella que había sobre la mesa, con restos de comida recientes.

Morgan esbozó una débil sonrisa.

En cuanto entrase en uno de aquellos cuartos tendría que cerrarle los ojos a un cadáver, probablemente.

Se equivocó; tras ojear todas las habitaciones a conciencia, incluyendo un pequeño cuarto de aseo, con ducha, no halló rastro alguno de Rizzo. El piso debía estar alquilado por él, puesto que había dos trajes en un ropero, algunas camisas y dos pares de zapatos; cada prenda adquirida en un lugar distinto, lo cual era propio de un viajero como Rizzo.

Tras reflexionar sobre la situación, se dijo que Rizzo podía estar ocupado con la dama de belleza helénica, y se dispuso a esperarle. Fue hacia el comedor y tomó la botella de vino calabrés. Lo olió, e iba a verter un poco en un vaso cuando oyó que llamaban a la puerta.

Apagó inmediatamente la luz y se deslizó hacia la puerta, con la diestra tocando la culata de su automática. Se pegó a la madera.

Oyó:

—Aurelio... ¡Aurelio! Abre, por favor...

Aurelio podía ser Rizzo, ¿por qué no? Y aquella chica...

Había que verlo.

El hombre del

F. B. I.,

siempre a oscuras, abrió la puerta, alargó las dos manos, atrapó a la mujer y la introdujo en el piso, cerrando a continuación.

Por unos instantes, muy breves, tan fugaces que Morgan creyó que bien podía haber sido cosa de su imaginación, encontró una resistencia extraordinaria en aquella mujer; una resistencia que cesó bruscamente. Luego, susurros:

—Por favor, Aurelio... Me asustas... ¿Qué haces...? Aurelio, aún no... Aún no, por favor...

Morgan la estaba arrastrando hacia el comedor. Ella aún no había salido, por lo visto, de su error en cuanto a la identidad del hombre e interpretaba las intenciones de éste muy erróneamente. Morgan lo comprendía, sin embargo, porque Aurelio..., Rizzo, mejor dicho, era un italiano realmente apuesto.

Al llegar al comedor encendió la luz. A la mujer la sentó en una silla.

—¡Usted no es Aurelio...! —Casi gritó ella.

—No grite. El del piano podría oírnos.

—¿El... el del...?

—Diga: ¿Aurelio es el nombre de pila de Rizzo?

—Sí... Bueno, él me dijo llamarse Aurelio Rizzo.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Hace dos días...

—Oh, caramba... Han intimado rápidamente, según veo.

La mujer enrojeció. Era morena, pero se teñía el cabello de un rubio dorado, muy agradable; tenía los ojos negros, veintitrés años, a lo sumo, y un combinado de fórmulas geométricas sencillamente encantadoras. No frase más o menos: encantadora. Su rostro, su boquita, los grandes ojos negros, el busto pequeño, erguido... No llevaba nada bajo su jersey, mini, calado y blanco. Y por falda llevaba una cosita de cuero, a cuatro dedos por debajo de las ingles; el cabello lacio, sobre los hombros. Un auténtico bombón.

—¿O acaso conocía ya a Rizzo? —inquirió Morgan.

—No, no... Es... es muy agradable, y...

—Está bien. ¿Cómo se llama?

—Paola... Paola Lodetti...

—Muy bien, Paola. Conoció hace dos días a Rizzo, y han intimado, dejemos aparte las causas y demás. No obstante, me parece un poco exagerado por parte de usted... Si no entendí mal, hace unos minutos se resistía, diciendo que «aún no»... Ya es algo. Pero si «aún no», ¿por qué ese interés por Rizzo?

Paola se estaba estrujando las manos. No se atrevía a mirar al hombre del

F. B. I.,

quien, por su parte, se sentía realmente complacido ante aquella explosión de juventud junto a él. A los treinta y tres años, conviene, de vez en cuando, ver algo que le dé aliciente a la vida.

—Bien. Aurelio me prometió que cenaría conmigo esta noche —musitó Paola—. Yo..., hace mucho rato que le espero... Oí entrar a alguien y pensé que era él. Me extrañaba su actitud, su olvido, y... Temo que, definitivamente, la cena se enfríe en mi casa.

—¿Por qué lo teme, Paola?

—Bueno ha debido ocurrirle algo. Y usted no parece muy amigo suyo.

—Lo soy, lo soy... Veamos: ¿qué sabes de Rizzo?

—Pues... ¿A qué se refiere concretamente?

—¿Qué ha estado haciendo en Génova?

—Oh no sé... Me dijo que estaría unos días y luego regresaría a Roma. Es romano. Bueno, eso dijo al menos.

Morgan comprendió; Rizzo no quería hablar demasiado. Hablar poco y mintiendo es un buen síntoma de salud mental, y, es sabido: mente sana, cuerpo sano..., aunque, tal vez, en aquella ocasión el adagio no estuviese muy acertado.

Paola, por su parte, se estaba serenando, y ya miraba a Morgan a los ojos. Los ojos de Morgan eran llamativos, por causa de aquel color parduzco. Paola sonrió un poquito, y dijo:

—Me asustó usted, señor...

—Lo siento, Paola. Dime: ¿alguna noche ha regresado Rizzo tan tarde?

—Pues no...

—Pues es curioso... e imperdonable olvidar esta cita —sonrió Morgan—. ¿Es todo cuanto puede decirme, Paola?

—Sí... Hace tan poco que nos conocemos...

—Comprendo.

—Si quiere, puede esperar a Aurelio en mi casa...

—No, gracias.

—Entonces, si se marcha, le avisaré cuando llegue...

—No me marchó, Paola: espero aquí a Rizzo Para mí es muy importante.

—Bien, como desee, señor...

—Morgan, soy americano.

—¡Oh!

—¿Le ilusiona un americano?

Ella pestañeó; se puso en pie. Morgan, risueño, miró las blancas piernas de Paola; ni más ni menos: encantadora. Una chica que, sin duda, podía llegar a ser muy dulce..., pese a la fortaleza de sus músculos. ¿O habían sido figuraciones de Morgan?

—Si quiere que nos hagamos mutuamente compañía mientras esperamos a Aurelio —dijo ella—, sólo tiene que llamar a la puerta de enfrente. Ahí vivo yo.

—Y sola.

—¿Qué más da?

—Realmente...

—No cree que soy fácil, Morgan.

—Nadie ha dicho una palabra al respecto. Si la necesito, la llamaré, Paola.

—Como quiera. Buenas noches, Morgan.

—Buenas noches.

Morgan se sentó a la mesa del comedor, mirando a Paola alejarse. De espaldas, de no ser por las redondeces de sus muslos y las que acusaba aquella minifalda de cuero, hubiera podido ser confundida con una niña desarrollada... Cuando ella salió del piso, Morgan se sintió un poco solo, se dispuso a esperar, encendiendo un cigarrillo y vertiendo un poco de vino calabrés en un vaso.

Mientras, Paola había entrado en su piso, y caminó lentamente, pensativa, hacia una salita que contenía tan sólo un sofá, una alfombra y una lámpara. Encendió la luz. Miró debajo del sofá y se dirigió una irónica sonrisa a sí misma. Realmente, no era de esperar que el cadáver de Aurelio Rizzo hubiera salido de allí por sí mismo.

Aurelio Rizzo estaba doblado, encogido, debajo del mueble; sus ojos miraban a ras del suelo los zapatitos de la encantadora Paola

Lodetti. Ésta, por su parte examinó el suelo: no había huellas de sangre. Fila mataba así, sin sangre, sin ruidos excesivos; podía ser una bala entre la cabellera, un estiletazo debajo del oído... Aurelio Rizzo sabía algo de esto último.

Paola se sentó, reflexionando.

Había amanecido ya cuando Morgan Clayton salió del piso de Rizzo; se notaba en su rostro la noche de insomnio, y, además, la preocupación. Se dirigió hacia la puerta de Paola, dispuesto a llamar, pero Paola se había anticipado. Antes de que Morgan llegase a golpear la puerta, Paola había abierto. Tal vez no había dormido bien aquella noche, pero a ella se le notaba mucho menos que a Morgan.

—Señor Morgan... ¿Nada?

—No ha regresado, Paola.

—Pero..., ¿qué puede haberle ocurrido? —murmuró ella.

—Lo ignoro... Volveré por aquí, o tal vez te llame por teléfono, Paola.

—Si me da sus señas, yo puedo decirle a Aurelio cuando venga que usted...

—No, no... Yo llamaré, o volveré de nuevo. Se enfrió la cena, ¿verdad?

—Usted también tuvo un poco de culpa —sonrió Paola.

—Claro... Te prometo, sin embargo, no dejarla enfriar otro día.

—Pero no crea que...

—Me recuerdas al niño que canta en un callejón oscuro, Paola. Buenos días. ¿Tu teléfono está en la guía?

—No a mi nombre; yo hace poco que vivo aquí.

—No importa.

Y Morgan se marchó. Ya en la calle, a las siete de la mañana, el puerto se iba animando; el olor del mar sucio parecía llegar con más fuerza, o quizás se trataba de que Morgan estaba más sensibilizado a todo lo malo. Sin prisas, caminó por detrás del Puerto Franco, observando distraídamente, relajándose un poco, el movimiento de grúas, de barcos, de camiones que llegaban y se iban...

Cuando llegó a su hotel, en Via Maddalena, muchos de los huéspedes se marchaban a sus respectivas ocupaciones. Había cierta

animación en el «*hall*» y en la barra donde se servían desayunos rápidos. El hombre del

F. B. I.,

fue hacia la barra y se sentó en un taburete.

Pidió café solo y tomó una revista que había sobre la barra, bastante manoseada, pese a ser un número aparecido dos o tres días antes. Mientras esperaba echó un vistazo a la revista; actualidad, modas, chismes de famosos... Nada nuevo.

Le sirvieron el café, e iba a dejarla cuando su mirada quedó fija en un rostro que casi le hizo perder la impasibilidad.

Se equivocaba, naturalmente...

Allí decía que la señorita Tsava Zoupas, la hija del poderoso armador griego, estaba pasando una temporada en su quinta de Villa Rubattino, cerca de las islas de Nuova Strada. Se hablaba de fiestas, recepciones y demás zarandajas. Pero lo importante estaba en la fotografía: aquél, sin discusión, sin duda alguna ya, era el rostro helénico de la mujer que colaboró en el asesinato de Simone Durand y en la desaparición de Parkowian.

Los ojos, la nariz, la boca, el cabello...

Era ella.

Bien..., se comprendía que a Rizzo no le hubiese sido difícil localizarla.

—¿Termina ya, señor?

Morgan miró al hombrecillo impaciente que esperaba su turno para el desayuno. Saltó del taburete.

—Síéntese, si quiere —dijo.

—Oh, no... Sólo que...

—No se preocupe.

Morgan tomó su café solo, casi frío, dejó la revista y subió a su cuarto. Un simple vistazo le bastó para observar que nadie, había entrado en su cuarto durante su ausencia. De todos modos, eso importaba poco, teniendo en cuenta la actual situación: Rizzo desaparecido, y la tal Tsava Zoupas, hija de un poderoso armador griego, asqueado de millones, sin duda, que se dedicaba a actividades peligrosas.

Se duchó, se afeitó, se puso un traje claro, de buen corte, camisa blanca y una discreta corbata. A las diez estaba, en la calle, dispuesto a realizar una visita.

Detuvo un taxi y se metió en el interior.

—A Nuova Strada —dijo.

—Sí, señor.

El taxi bajó a Piazza de Ferrari, luego la amplia y comercial Via XX de Settembre, piazza Verdi, el puente Pila, sobre el río Bisagno, y a la otra parte de la ciudad, hacia el Sur, hasta Nuova Strada.

—Supongo que Villa Rubattino no queda lejos —dijo Morgan.

—Un poco al Norte.

Pagó, se apeó, y dejó que el taxi se alejara antes de echar a andar. Estaba cerca de la playa, y veía bañistas, balandros. A la izquierda, a lo lejos, el puerto viejo, arqueado, el antepuerto, el faro... Todo con un sabor a viejo que, tal vez en otras circunstancias, hubiera resultado agradable.

Caminó sin prisas hasta llegar a la vista de Villa Rubattino, entre dos avenidas, y lo demás amplio jardín, muy verde, cuidado, un auténtico parque, donde había algunas quintas edificadas, y de las cuales muy poco o nada era visible, dada la frondosidad de las plantas. Un lugar elegante, cerca de la playa.

IV

ESTABA esperando que le abrieran la verja de hierro; se acercaba un viejo criado, muy parsimonioso. A través de las rejas miró a Morgan e inquirió:

—¿Qué desea, señor?

—Supongo que será posible una entrevista con la señorita Zoupas.

—Me temo que no será posible...

—Es importante. Imagino que está cansada, qué teme la incursión continúa de los periodistas, fotógrafos, de todos esos que viven de la vida privada de los demás. Lo mío es muy distinto.

—¿Puedo adelantarle algo a...?

—Es preferible que yo mismo se lo diga.

—Dígame su nombre al menos.

—Morgan Clayton.

—Aguarde, por favor.

Fue cosa de dos minutos. El criado regresó y abrió la puerta de la verja, invitó a Morgan a seguirle, dirigiéndose ambos hacia el edificio, sólido, antiguo, recargado, pero con anexos modernos. Era una quinta realmente impresionante, incluso con pista de equitación, magníficamente alfombrada de verde. La pista estaba al Norte, bajo una leve colina. El vestíbulo de la quinta resultaba alegre, penetraba el sol, descubriendo las telarañas, metafóricamente hablando, de muebles, lámparas y cuadros. Morgan se sentó en una silla muy vieja, pero en buen estado; debía tener algún valor histórico, sin duda. Y allí aguardó.

Cosa de cinco minutos más tarde, Tsava Zoupas, aquel rostro bien conocido por el hombre del

F. B. I.,

estaba ante él. Ella estaba completamente vestida, con cierta agradable sencillez, y su gesto era más bien seco. Miró con cierta desconfianza a Morgan. Éste, al verla, se había puesto en pie.

—Es un placer saludarla, señorita Zoupas —dijo Morgan.

—Creo que se trata de algo especial, señor Clayton.

—Así es. De otro modo, no me hubiese atrevido a molestarla.

—Le escucho.

Morgan arrugó levemente la frente.

—No me gustan las entrevistas de vestíbulo —dijo suavemente—. Es como si le echaran a uno. No obstante, las circunstancias obligan. Se trata de un hombre llamado Rizzo. Tal vez usted le ha conocido.

—¿Rizzo? No... No sé. ¿Tiene relación con mi padre?

—Lo dudo. Rizzo más bien se sentía interesado por usted.

—Entonces, lo siento. Ha debido ser muy tímido, puesto que no se me ha presentado, señor Clayton. ¿Es todo?

Morgan la miró a los ojos.

—Lástima de belleza... —masculló.

—¿Cómo dice, señor Clayton?

—Nada... Pensaba en una bella flor rodeada de escarcha..., a excepción de los pinchos.

Ella pestañeó.

—¿Lo dice por mí? —inquirió.

—Tal vez. No es muy amable.

—Estoy harta, señor Clayton. Perdone que me exprese tan vulgarmente, pero siento un enorme placer en repetirlo: estoy harta de ustedes. Más o menos veladamente, periodistas, fotógrafos, e incluso hombres de negocios que tratan de sonsacarme datos sobre mi padre han estado aquí. Usted, supongo, no es una excepción. Lamento verme forzada a... estas entrevistas de vestíbulo, como usted dice, pero me agradaría descansar. Llevo una semana en esta quinta, y creo que ésta será la primera noche que mi casa no estará llena de gente. Y esta tarde podré montar mi caballo preferido, y bañarme, sin máquinas fotográficas, sin tipos con lápiz en ristre... Espero que lo comprenda. Siento no haber oído hablar de su amigo, ese señor..., señor...

—Rizzo.

—Exacto.

—Sin embargo, él me habló de usted.

—Mucha gente habla de mí, señor Clayton.

—Ya... Diga: ¿es cierto que todas estas noches ha celebrado reuniones en esta casa?

—Sin una sola excepción. ¿Por qué?

Morgan consiguió una sonrisa. Trataba de disimular su desconcierto. Ella tenía que decir la verdad, algo fácilmente comprobable. Y, por otra parte, aquél era el rostro que mostró la película de la cámara camuflada. Había más: no encajaba la personalidad de la hija de un millonario griego en el «*affaire*» que costó la vida a Simone y la desaparición de Parkowian.

—Bueno..., era sólo para comprender un poco mejor su cansancio, señorita Zoupas. Por lo demás, se trata, simplemente, de que me inquieta la suerte de mi amigo Rizzo. Debíamos habernos encontrado... En fin, estoy preocupado, eso es todo.

—Siento no poder ayudarle, señor Clayton.

Ella parecía dar por terminada la entrevista, y Morgan tuvo que aceptar aquella decisión.

La miró de nuevo, escrutándola, observando que ella se sentía algo molesta e impaciente.

—¿Tiene usted alguna hermana, señorita Zoupas? —inquirió de pronto Morgan.

—Que yo sepa, no —dijo ella con cierta acritud.

—Bien..., la he molestado inútilmente.

—Espere... ¿Por qué pregunta si tengo alguna hermana?

—Una pregunta tonta —sonrió Morgan.

—Bien...

—Buenos días, señorita Zoupas. Le agradezco que me haya recibido. Por lo menos, ya sé por dónde «no» he de buscar a mi amigo.

—Adiós, señor Clayton.

Y Morgan se encontró en el exterior, completamente desorientado. Por supuesto, no había que hacerse ilusión alguna en cuanto a lo ocurrido con Rizzo. Y lo desconcertante era aquella mujer... Pensando con fría lógica, sin embargo, ella tenía que estar mezclada en el asunto de alguna forma. Su cara salió en la película... Un primer plano nítido, sin duda posible.

Y aquella noche no había recepción. Morgan caminaba,

alejándose de la casa, pensando que sólo podía hacer dos cosas. Una: tratar de localizar a Rizzo. Dos: esperar a la noche siguiente, para ver si alguno de los invitados que recibiría la Zoupas era alguien de los que salieron en la película.

Un largo compás de espera..., a menos que pasara las horas vigilando la quinta de la griega, en espera de algún acontecimiento, muy poco probable. Sin embargo, algo podía haber conseguido: ponerse en evidencia, y, tal vez, obligar a aquella organización a hacer algo. Un torpe cebo desorientado, para tiburones... Un papel estremecedor...

Quince minutos más tarde paseaba por los baños de Nuova Strada, meditando.

Como si no hubiesen transcurrido veinticuatro horas: en el 18 de Piazza Cavour, el piano seguía sonando el piso de Rizzo estaba vacío, y alguien había llamado a la puerta. Era Paola, que miraba con clara interrogación a Morgan. Éste, por su parte, le dedicó a Paola una larga mirada, desde la frente a la punta de los cómodos zapatos de tacón bajo y punta cuadrada, pasando por el jersey negro, la minifalda de cuero y unas horribles medias oscuras, caladas, de esas que llegan hasta la cadera.

—¿Nada, Morgan? —musitó Paola, penetrando en el piso.

—Nada.

—Ha debido ocurrirle algo malo... —musitó Paola.

—Eso parece... ¿Va a salir, Paola?

Ella se encogió de hombros.

—Me aburro en mi piso sola. Me gusta la música, tomar algún *whisky*, bailar..., divertirme, en suma. Pensaba ir al «Verazza».

—¿Sola?

Ella sonrió. Parecía divertida.

—¿Acaso piensa acompañarme, Morgan?

—No tengo nada mejor que hacer...

Paola rió discretamente.

—Me temo que ese lugar no sea muy adecuado para usted, Morgan. Es... un club para jóvenes.

—Sólo tengo treinta y tres años —gruñó Morgan.

—Oh, sí, pero... Usted es un hombre más bien sobrio, por lo que puedo apreciar. En fin, quiero decir que tal vez no apreciara lo que

hay en el «Verazza» del mismo modo que lo aprecio yo, y otros muchachos y muchachas como yo... No crea que le considero de otra generación, pero, la verdad, no le imagino en determinados ambientes.

—Comprendo...

—Sin embargo, hay dos soluciones: que usted se amolde a mí, o yo a usted.

—No está mal... ¿Y cuál es la más fácil?

—Seguramente que yo me amolde a usted —suspiró Paola—. Si me espera unos minutos, me cambio.

—Bien... Pero aguarda. ¿Rizzo no te mencionó en momento alguno a una mujer llamada Tsava Zoupas?

—No...

—¿No lees las cosas de sociedad, Paola?

—No me interesan. Me disgusta esa gente y sus chismes. De los chismes, no obstante, ellos y ellas no tienen toda la culpa. No les dejan vivir íntimamente. Es profundamente desagradable. Supongo, no obstante, que están acostumbrados. No es fácil. Por otra parte, si esa señorita es de la buena sociedad, no imagino a Aurelio relacionado con ella... ¿O sí?

—Lo ha estado, pero no sé hasta qué punto. En fin, olvídale. Por esta noche, esa dama no recibe gente, y me temo que pasaría una noche en blanco cerca de ella. Prefiero estar contigo.

—¿Me espera entonces, Morgan?

—Sí.

—No iremos al «Verazza», claro. Piense algo.

Morgan se encogió de hombros.

—Pues cena, baile... ¿Te parece bien el «Club Náutico»?

—No parece muy entusiasmado, Morgan —dijo Paola.

—Eso no debe preocuparte. Yo, cuando pruebo algo que desconozco, siempre me muestro cauto al principio. Luego..., depende, claro. Cámbiate, si quieres.

—Es cuestión de tres minutos.

Paola salió del piso, seguida por la mirada de Morgan. Éste, cuando se cerró la puerta, decidió echar un vistazo a fondo a todo lo que había en el piso, en especial las ropas de Rizzo; pudo ocultar algún mensaje, tener algo escrito... Incluso alguna fotografía... Algo. Morgan se sentía realmente incómodo, completamente

desplazado, en aquel absurdo vacío. Incluso había pasado toda la tarde en el hotel, aguardando algún acontecimiento; incluso, ¿por qué no?, un ataque... Sin embargo, nadie se interesaba por él. Y puesto que por aquella noche era cuestión de paciencia, Paola podía resultar un sedante.

Se dirigió al dormitorio y examinó todo el vestuario; dedicó especial atención a los botones, por no olvidar que la organización de Simone había sido tan perfecta como muchas otras, y sus hombres nunca iban al descuido. Los botones no tenían nada de particular, a simple vista. En uno de los bolsillos de un traje de Rizzo, el más oscuro, encontró un alfiler de corbata con una piedra en el centro. Lo sopesó y miró la piedra de frente.

Pestañeó unos instantes, creyendo haber visto un diminuto orificio en la parte central, pero no tuvo tiempo de examinar más a fondo la piedra y la estructura del sujetador de la corbata, puesto que Paola llamaba a la puerta. Guardó aquello en un bolsillo y salió a abrir, impasible el rostro.

Paola había cambiado sus exóticas ropas por un simple minivestido azul claro, con unas franjas discretas un poco más abajo de la cintura. Se había recogido el cabello y llevaba zapatos de tacón alto y un bolsito.

—¿No se ha arrepentido? —inquirió.

Morgan sonrió.

—Por el momento, no. ¿Vamos?

—¿Tiene coche, Morgan?

—Lamento ser un peatón...

—Yo alquilé un biplaza muy viejo. Tal vez no sirva para ir a un lugar elegante.

—¿Por qué no? Andando.

La tomó de un brazo, y tras apagar las luces, ambos salieron del piso. Se oía el piano. Un chiquillo berreaba en la casa del señor y la señora Dogali. Ya en la calle, el desagradable olor a puerto sucio llegó al olfato de Morgan, quien, guiado por Paola, que había deslizado su mano hasta la de Morgan, se dirigieron hacia un ángulo de la plaza, donde ella estacionaba el coche. Un cacharro que fue deportivo en otra época. Por otra parte, para la Paola juvenil era más que suficiente.

—Yo conduciré —dijo Paola—. Hay que conocerlo.

—De acuerdo.

Morgan saltó al asiento sin tocar la portezuela y se distendió para abrir la de Paola. Ella se sentó frente al volante y puso el coche en marcha, con un petardeo insoportable; miró a Morgan, como pidiendo excusas, pero Morgan estaba distraído, pensando en el sujetador de la corbata que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué piensas de mí, Morgan? —musitó Paola—. Primero Rizzo, ahora tú... Sin más; sin tan siquiera saber lo ocurrido con él.

—No se me ocurre pensar otra cosa que tú y yo, por separado, nos estamos aburriendo. Intentaremos divertirnos juntos.

—Quiero advertirte algo.

—Muy bien...

—No suelo terminar mis salidas en un piso o en un hotel.

—Aún no te lo he pedido. Digamos, por el momento, que tenemos un amigo común y que nos preocupa a ambos. ¿Está bien así?

—Me parece bien. El «Club Náutico» no está lejos, creo. Corso Príncipe Odone y Corso Vanucci. ¿Me das un cigarrillo?

—Sí...

Encendieron ambos, y el biplaza rodaba hacia el mar. Poco después distinguían las luces del «Club Náutico», moderno, elegante, con todo a base de cristal, por lo que el ambiente era perceptible desde el exterior. El «*parking*» estaba casi lleno, pero Paola hábilmente pudo colocar su pequeño coche.

Ambos salieron del vehículo, dirigiéndose hacia el club. Había música, buena cena, agradable ambiente... Pacía parecía un poco cohibida.

—No es tan fácil... —musitó.

—¿Comes con los dedos?

—Bueno no...

—Entonces no te asustes. Sentirás mayor confianza en ti misma cuando veas comer a muchos de éstos, que llevan gorra de «yatch-man» con galones y su precioso traje blanco. Y verás a alguna dama gruesa, cargada de joyas, que frecuenta estos lugares para comer lo menos posible; se ve forzada a ello, puesto que no sabe ensartar la langosta debidamente, y se conforma con la quinta parte de la pulpa.

—Dicho así...

Un camarero les salió al encuentro y les acompañó hacia una mesita para dos, algo alejada de la pista de baile, pero con la ventaja de que veían el embarcadero, con una vista sumamente agradable. Paola, pese a su ligera inquietud, se desenvolvía bien. Además, parecía sentir una extraña predilección por el champaña, por lo cual, una hora después, tenía los ojos muy brillantes y el rostro sonrosado. Le costaba un poco abrir los ojos.

—Bailemos. Paola. La música te animará.

—Dirás que soy una tonta, ¿verdad?

—No, no... Todo lo contrario, Paola. Normalmente, las mujeres hablan mucho, y de cosas idiotas. Tú, por lo visto, prefieres el silencio. Eso me hace sospechar una estimable dosis de inteligencia. Me gustan las mujeres inteligentes.

—Yo he oído decir que los hombres las prefieren tontas.

—Gente vulgar. Nada hay tan emocionante como una mujer inteligente, Paola.

Morgan captó en aquel instante un destello de recelo en las pupilas muy negras de Paola.

—¿Qué quieres decir? —musitó ella.

—Nada especial. Que yo sepa, a ninguna mujer la disgusta que la llamen inteligente; les halaga incluso más que oírse llamar bonitas... ¿Eres una excepción?

—Oh, no sé... Te entiendo poco, Morgan. Me pareces un hombre... interesante, pero creo que estamos lejos uno de otro. Me doy cuenta de que en el «Verazza» la diferencia hubiese sido mucho más visible.

—Posiblemente. Bien, ¿acortamos un poco esa distancia?

—Sí.

Fueron hacia la pista. Paola tenía una particularísima manera de bailar: rodeó el cuello de Morgan con ambos brazos, pegándose a él. Morgan apenas rozaba la cintura femenina, que se movía al compás de la música, lenta, para damas gruesas, románticas. De vez en cuando, Paola y Morgan se miraban a los ojos. Ella solía sonreír, y luego pegaba su mejilla a la de Morgan, quien notaba la excelente calidad de Paola, con sus agradables silencios, sus miradas sonrientes, como sus labios... Parecía una niña confiada...

Hubo más champaña y más baile.

A la una de la madrugada, Morgan miraba si reloj.

—Morgan... ¿por qué? —inquirió Paola.

—¿No estás cansada?

—Sólo en cierto modo. Digamos que es el ambiente.

—¿Quieres cambiar?

—Si no te importa...

—En absoluto. En principio, podía ser una noche en blanco para los dos, pero ahora... Bien, espero oír tus preferencias.

—Elige tú —musitó Paola, con los labios muy cerca de los de Morgan Clayton.

Morgan sólo tuvo que inclinarse un poco para besarlos suavemente; ella, luego, sonrió con dulzura; bajó la mirada.

—¿No dices nada? —inquirió.

Morgan esbozó una sonrisa ligeramente irónica.

—¿Mi hotel? —murmuró.

Paola cerró los ojos.

—Bien..., no sé... —susurró—. Podría negarme hoy y mañana. No cabe duda, pero... Para que ocurra pasado mañana, lo mismo da hoy, Morgan. Es pueril retrasar el momento de algo que ha de llegar forzosamente.

—¿Forzosamente? ¿Amor, quizás?

—No. No nos engañemos. Yo no busco amor, Morgan. El amor hace sufrir, es una esclavitud, y algún día, por lo general, deja de sentirse, por lo cual tenemos que hemos sido esclavos de algo que no dura siempre. Cualquier agradable recuerdo es mucho más grato que el amor en sí. ¿No te ha ocurrido nunca?

Morgan asintió con la cabeza.

—Sí..., alguna vez —murmuró—. Pude amar y no llegué a ella, pero los recuerdos son hermosos, es cierto.

—Nos comprendemos bien, Morgan.

—Eso me da un poco de miedo. Cuando un hombre y una mujer coinciden en puntos tan personalísimos, puede decirse que entre ese hombre y esa mujer debe haber en común algo muy importante.

—Tal vez... Sin embargo, no hemos hablado de nosotros mucho, y no...

—Dejemos eso. Lo mismo da que yo sea periodista que tendero. Y es lo mismo que tú seas manicura que secretaria. Servimos para lo mismo, Paola. Algo que tal vez ocultamos...

—No te entiendo —atajó Paola.

—Digo que podemos ocultar en el subconsciente: —sonrió Morgan.

—Sí, puede ser...

—Vamos, Paola.

—¿Al hotel?

—Me gustará ser un hermoso recuerdo para ti.

Salieron de la pista, Morgan abonó el gasto, y poco después, en el coche de Paola, se dirigían hacia el hotel donde se alojaba Morgan, en Via Maddalena.

V

UN poco desconcertada, Paola se dio cuenta de que estaba sola en la habitación. Miró su reloj de pulsera: las nueve y quince minutos. El sol penetraba en el cuarto a través de las persianas graduables, y podía verse, a lo lejos, desde la empinada Via Maddalena, algo del puerto; a lo lejos, el azul del mar, que se perdía.

Paola se levantó, y tras ir al cuarto de aseo en busca de Morgan observó que se encontraba sola, y Morgan no había dejado una nota tan siquiera. Por unos instantes pareció dispuesta a vestirse y desaparecer, pero tomó las cosas con calma. Desprendiéndose por el camino de la ropa de dormir, se fue al cuarto de baño y tomó una larga ducha, con agua caliente primero y fría después.

Cuando se estaba secando percibió rumores en el cuarto. Abrió la puerta y sonrió al ver a Morgan.

—¿Por qué has madrugado? —inquirió.

—Simplemente he ido en busca de los periódicos —señaló dos o tres que había dejado sobre la mesita de noche—. Tal vez haya alguna noticia sobre Rizzo. Cuando termines, léelos, por favor.

—¿Y tú?

—Aún no me he duchado esta mañana.

—Ya... ¿Y después de esto?

Morgan la miró a los ojos; ella estaba envuelta con la toalla.

—¿Te preocupa? —inquirió Morgan con una sonrisa.

—Me temo que hablé demasiado... —susurró Paola—. También los recuerdos pueden hacer sufrir. Morgan..., ¿te he decepcionado en algo?

—No. Luego, bajas y desayunaremos juntos. Te acompañaré a tu casa y veré lo que hago; depende de si los periódicos traen alguna

noticia.

—De acuerdo.

Morgan se quitó la chaqueta, encendió un cigarrillo y se sentó en una silla, en espera de que Paola terminara. Cuando ella salió del baño, Morgan se acercó, con estuches de afeitado y jabón; al encontrarse en el camino, se besaron. Paola, luego, bajó la mirada.

—Puede decirse que eres el mismo, Morgan. No obstante, noto algo distinto...

—Es un poco de miedo, Paola, es normal. Probablemente, te sientas algo culpable. Pasará.

—Sí...

—Vístete, hojear los periódicos y espérame abajo.

—Está bien, Morgan.

Morgan, entonces, se metió en el cuarto de baño. De los estuches fue sacando lo necesario para efectuar un revelado rápido de las fotografías, probables, que Rizzo pudo tomar con su cámara fotográfica en el sujetador de la corbata. Morgan había examinado atentamente el dispositivo, y ya no cabía la menor duda al respecto. Se encerró en el cuarto de baño, empezó a dejar correr el agua y se aplicó a la tarea. Pudo extraer la diminuta película y a oscuras trabajó en el revelado durante unos minutos. En realidad, su salida del hotel no obedecía a otra cosa que a la adquisición de lo necesario para el revelado.

Fue cuestión de quince minutos; amplió las fotografías y las dejó secar, mientras se metía bajo el agua unos instantes y se afeitaba en un minuto con la afeitadora eléctrica. Se puso masaje, se pasó el peine por la cabellera, y cuando se secaba, observó que podía guardar las fotografías sin temor alguno.

Echó un vistazo al contenido y frunció el ceño. Habían salido sólo seis, y en todas se veía lo mismo: un paisaje realmente agradable, y en un punto a la izquierda del paisaje, algo velado, algo blanquecino.

Guardó las fotografías en un estuche, pensando en la imagen de aquéllas, sin llegar, por el momento, a conclusión alguna. De todos modos, tenía tiempo de estudiarlas. Primero había que librarse de Paola.

Se vistió de nuevo, a solas en el cuarto, y cuando bajó al bar estaba Paola tomando unas tostadas con mermelada.

Morgan se acercó sonriendo.

—¿Algo en los periódicos? —inquirió.

—Ni una letra, Morgan.

El hombre del

F. B. I.,

meneó la cabeza.

—Tendré que desistir —murmuró.

Paola le miró rápidamente.

—¿Eso significa que te marchas? —inquirió.

—No aún... Apuraré todas las posibilidades.

—Pero luego sí; luego te irás.

—Ya lo sabías, Paola.

Ella sonrió un poco tristemente.

—Es cierto; lo siento, Morgan. Creo que, en definitiva, soy como todas. Me da miedo sentirme luego abandonada... Pero no importa. Lo que ha habido entre nosotros ha sido agradable; un recuerdo que durará siempre. Te lo agradezco.

—Por favor, Paola... No todo ha terminado aún.

Ella cerró los ojos.

—Eso es lo peor: que no ha terminado —susurró.

—No entiendo... ¿No quieres verme más?

—¡No, no...! Quiero verte, Morgan... Y siempre será igual entre nosotros... Se sumarán los recuerdos.

—Creo que debes descansar hoy, relajarte. ¿Aceptarías una proposición?

—Sí.

—Escucha esto: ve a la playa. Tomas el sol y te bañas. Te sentará bien. Mientras yo realizo unas gestiones, tú te limitas a eso. A la hora del almuerzo nos reuniremos en la playa; almorzaremos en un restaurante al aire libre, y luego..., hay mil cosas agradables, Paola.

—¿En qué playa debo esperarte?

—En los baños de Punta Cava.

—Lo haré. ¿Salimos juntos, o...?

—No es necesario... Sin embargo..., ¿puedes prestarme tu coche?

—Toma las llaves.

—Gracias, Paola.

Cuando Paola terminó el desayuno, se limitó a besar ligeramente

a Morgan y salió del hotel. Unos minutos más tarde lo hacía Morgan, dirigiéndose rectamente hacia el biplaza de Paola. Se situó frente al volante, y el coche trepidó, en dirección a Piazzze Ferrari, Via XX de Settembre, Piazza Verdi, puente Pila, y al este de la ciudad, en busca de Nuova Strada.

No obstante, Morgan detuvo el coche antes de llegar a Nuova Strada, en un lugar descampado, solitario, entre la playa y Villa Rubattino.

Encendió un cigarrillo y extrajo las fotografías que guardó en un bolsillo después de vestirse.

En efecto, era un paisaje que creyó reconocer. Por otra parte, incluso parecía lógico que se tratase del parque y verdes colinas de Villa Rubattino. Debía situarse, sin embargo, en el puesto del fotógrafo, en este caso Rizzo. Buscar la situación para descubrir exactamente el paisaje que aparecía en las fotografías. Por otra parte, le intrigaba el velado blancuzco de las fotografías; un velado que aparecía en todas, como una estrella rota...

Siguió observando los detalles, hasta caer en la cuenta de que las sombras quedaban en dirección a aquel reflejo extraño; por tanto, el sol daba de lleno en el reflejo cuando fueron tomadas las fotografías.

Echó un vistazo al exterior del coche y observó que desde aquella posición las sombras quedaban en la misma dirección que en las fotografías; en cuanto a las estrellas rotas...

Encendió un nuevo cigarrillo.

Se echó hacia atrás en el asiento.

¿Un heliógrafo?

El reflejo podía ser debido a los espejos mirilla del heliógrafo. Y no importaba que estuviese tomado a cierta distancia, puesto que los heliógrafos completos, con mirillas y mecanismos de ajuste, montados sobre trípodes, son capaces de realizar señales hasta trescientos cincuenta kilómetros de distancia, aunque aquél no era el caso; la distancia máxima podía ser de un kilómetro, o menos. Por tanto en el radio de un kilómetro había gente que se comunicaba por medio de un heliógrafo.

Se trataba, por tanto, de situarse en el lugar exacto donde estuvo Rizzo para tomar aquellas fotografías. Con ese dato, podía establecer un importante punto de referencia.

Allí era.

Veía las mismas cosas, las mismas depresiones del terreno, la misma vegetación... Tan sólo que Rizzo tomó aquellas fotografías cosa de una hora antes a juzgar por la posición de las sombras.

De todos modos, Morgan, en pleno bosque, se dedicó a una espera paciente. Las señales podían ser en simple Morse, abriendo o cerrando el diafragma, o bien con otra clave. No obstante, no importaba tanto el mensaje como haber descubierto que las señales se producían entre una quinta situada en la punta de una colina, verdinegra, y la de Tsava Zoupas.

Había que asegurarse, sin embargo, de que no se equivocaba al pensar en un heliógrafo. Podía tratarse de un simple defecto de la cámara, y entonces todo aquello era por completo inútil.

La espera se alargaba bastante; era casi la una cuando, por fin, Morgan captó los reflejos, en lo alto de la colina. Unos reflejos rápidos, cuyo significado se le escapaba; estaba claro que utilizaban una clave para los mensajes.

Sin embargo, aquel descubrimiento le relajó.

Ni siquiera aguardó a que terminaren las señales. Era inútil. Lo importante era estudiar la quinta que emitía, lo cual, posiblemente, entrañaba un riesgo, difícil de sopesar en aquellos momentos.

Guardó las fotografías y dio un rodeo para salir del bosque y poder acercarse a la quinta. De todos modos, una incursión en pleno día podía ser peligrosa. Se trataba, sencillamente, de un vistazo, de una observación que le sería útil en horas más discretas.

Había claros peligrosos entre la vegetación, pero el hombre del F. B. I., proseguía el ascenso. Le bastaba con una visión del conjunto para forjar sus proyectos para aquella noche.

Poco más tarde veía la torreta de la quinta, con una veleta que se movía con escasa fuerza, señalando a Levante. Luego tropezó con una alambrada, que acotaba aquella posesión, muy extensa por lo visto. Incluso debía haber caza allí.

Caza humana también...

—Siga ahí, quieto —oyó una voz algo ronca, seca.

Morgan cerró los ojos un instante. Oyó que alguien se acercaba.

—¿Busca algo especial? —inquirió la voz.

—Diga lo que diga no va a creerme, ¿verdad?

—Bien..., comprenda mi desconfianza. Quítese la chaqueta.

Morgan obedeció. Al quitarse la chaqueta, pudo volverse un poco y vio a un tipo desconocido, vestido de oscuro, con jersey y pantalón, que le apuntaba con una automática.

—Tire la chaqueta hacia atrás —dijo el tipo.

—No llevo armas —dijo Morgan.

—Ahora lo veré.

El hombre se inclinó, registrando los bolsillos de la chaqueta de Morgan. Efectivamente, Morgan no llevaba armas, pero quizá ocultaba en un bolsillo algo peor: las fotografías, que en aquellos momentos estaban en manos de aquel hombre.

—Vaya... ¿Fotógrafo aficionado? —inquirió el tipo.

—Psé.

—¿Le gusta el paisaje?

—Es encantador... —suspiró Morgan—. ¿Puede irme ya?

—Camine. ¿No quería ver de cerca la quinta? Ve a tener ese placer.

—Lo mismo ocurrió con Rizzo, ¿no es cierto?

—No sé de qué habla.

—Le sorprendieron probablemente de esta misma forma estúpida... Muy bien. Los errores se pagan.

—Vamos, vamos, camine. Bordee la alambrada.

Morgan, tras una corta vacilación, siguió ascendiendo, bordeando los límites de la extensa finca.

—Oiga, ¿ha querido inquietarme mencionando a ese Rizzo? —inquirió, de pronto, el tipo.

Morgan se sintió desconcertado.

—No entiendo —dijo—. Rizzo fue quien tomó esas fotografías, y luego, como yo mismo he estado haciendo, trató de explorar el terreno, para una incursión en serio. Durante esa incursión, hace un par de noches, ustedes debieron atraparlo.

—Miente. No existe ese Rizzo. Usted trata de alarmarnos.

Morgan se volvió, quedando frente al tipo, mirándole con fijeza.

—No entiendo su juego, pero puedo demostrarle que Rizzo existe —dijo—. Sin embargo, ustedes ni le han visto, ni le han matado, por tanto. Es extraño, ¿no cree?

—Muy extraño. De todos modos, son puntos que se aclararán arriba.

—Como quiera... Yo me siento más tranquilo. Si ustedes no han matado a Rizzo, éste debe estar preparándose para atacarles. Ya es algo que alguien conozca esto. Creo que fueron bastante torpes al utilizar a la Zoupas. Desconcierta, evidentemente, su personalidad, aparte de que tiene coartada para lo ocurrido en Venecia hace cuatro días. No obstante, resulta demasiado conocida. Como sea, ha de estar relacionada con ustedes... Y no me diga que no es ella quien recibe los mensajes transmitidos por heliógrafo.

—Bien. Sin saber realmente nada, sabe demasiado; es curioso, ¿no?

—Sí... ¿Están todos en la quinta? ¿También Parkowian?

—Ahora veo... Usted es del

F. B. I.

—¿Se me nota en algo? —sonrió Morgan torcidamente.

—Sólo la gente de la Durand, nosotros y el

F. B. I.,

está al corriente del asunto Parkowian. Basta con sacar unas consecuencias, y se sabe quién es usted. Espero que nos explique cómo han podido llegar tan pronto hasta aquí. Por nuestra parte, estábamos seguros de que si alguna vez llegaban hasta Tsava Zoupas, nosotros ya estaríamos lejos y fuera de todo peligro.

—Siempre hay fallos.

—Sí, eso veo... Vuélvase y siga caminando.

Morgan Clayton estaba tenso desde hacía un par de minutos, en busca de la oportunidad de cambiar el signo de la situación. Una cosa era segura: si llegaba hasta la quinta, no saldría jamás, al menos por su pie. Por tanto, había que intentarlo.

El hombre del

F. B. I.,

fingió volverse, para, inmediatamente con un sorprendente quiebro de su cuerpo, dar un salto de lado, como un delfín, y quedar frente al tipo, a un paso de distancia. Morgan ya tenía las manos extendidas. Sus dedos eran algo muy extraño en aquellos momentos.

Unos dedos que parecieron dispararse, mientras que la muñeca derecha del tipo, fuertemente atrapada, parecía sufrir una descarga eléctrica.

El tipo cometió el error de tratar de soltar aquella mano, por lo

que Morgan pudo proseguir su ataque, con una rodilla, elevándola con violencia y haciendo blanco. El hombre se encogió, dolorido, y entonces Morgan soltó la diestra, asestando un golpe con el canto sobre la yugular de su enemigo, quien encajó muy mal el golpe; el impacto le hubiese hecho retroceder, de no sujetarle aún Morgan con la mano izquierda. Y aprovechó para golpearle por dos veces en el estómago, dejándole como una oruga arrugada, lívido el rostro.

Un instante más tarde, la automática del tipo estaba en la diestra de Morgan.

El hombre, con los ojos enrojecidos, trató de actuar, pero en su rostro aparecieron dos estrías, al contacto con el acero. Cuando iba a gritar, su boca estallaba en sangre y partículas blancas.

Por último, un golpe en la sien hizo que Morgan arrugara la frente. Miró al tipo, caído a sus pies, con la sien izquierda hundida, resquebrajada.

Bien. Se trataba de ocultar el cadáver y largarse de allí... por el momento.

Encontró un charco de tres pies de profundidad, y tras lastrar el cadáver lo tiró al charco, cuyas aguas turbias, verdosas, lo ocultaban satisfactoriamente. Luego corrió hacia abajo.

VI

UNA de las primeras precauciones que tomó Morgan fue quemar las fotografías. Servían ya de muy poco y eran realmente comprometedoras. Por otra parte, algo que no encajaba estaba ocupando sus pensamientos, mientras rodaba hacia los Baños de Punta Cava: la desaparición de Rizzo. Si aquella gente no conocía ni había visto a Rizzo, ¿qué?

¿El tipo mintió? No tenía sentido...

No, no... Aquel hombre había dicho la verdad: no conocían a Rizzo. Y eso podía tener nuevas consecuencias, sin duda. Otro punto de referencia que se le escapaba..., hasta cierto punto.

Llegó a Punta Cava, aparcó el viejo biplaza y se dirigió hacia los baños, hacia la arena, que estaba casi desierta en aquellos momentos dado que pasaba de la hora del almuerzo. Pero Paola estaba allí. Paola, paciente, de boca abajo, tomando el sol en la parte posterior de las piernas. Paola, con un brevísimo dos piezas, de color rojo fuerte, que le daban la apariencia de una llama en la arena.

Morgan llegó sonriente; ella se puso de rodillas al verle.

—Me tendrás que perdonar, Paola...

—Empezaba a pensar en que esto era un plantón, Morgan.

—Oh, no... No se te olvida tan fácilmente.

—¿Lo dices de veras?

—Claro. ¿Vamos?

Tendió ambas manos, ayudándola a ponerse en pie. Paola se pegó contra él y le besó en los labios. Luego le sonreía dulcemente. Fue el propio Morgan quien recogió el albornoz de la arena y ayudó a Paola a ponérselo. Luego caminaron hacia un restaurante cuya terraza llegaba hasta el borde de la arena.

—¿Algo sobre Aurelio? —inquirió Paola.

—No. Pero tengo esperanzas.

—¿Qué has descubierto?

—Parece ser que emprendió viaje hacía... Venecia. O eso creo, al menos.

—Pero..., sin avisar, sin nada...

—A veces, es necesario. De todos modos, espero confirmar eso esta misma tarde. Lamento decirte que tendrás que esperarme de nuevo.

Paola hizo un gesto de resignación.

—Si al menos vuelves... —musitó.

—Por supuesto.

Penetraron en el restaurante, y poco después comían de cara al mar, viendo balandros, yates, en la magnífica playa del Golfo de Génova. El ambiente era más bien reposado, abúlico... Se escuchaba por un conjunto de música moderna ligera la canción «La, la, la», con la que España había ganado unos días antes el Festival de Eurovisión...

Paola, desde hacía un buen rato, parecía estar tratando de decir algo. Por fin, se decidió.

—Morgan..., no creas que he cambiado en unas horas. Soy la misma de ayer, y espero ser igual mañana. No obstante..., tómalo como una simple curiosidad... ¿Qué ocurre entre Aurelio y tú? Estás muy preocupado, te lo noto.

—Vale más que no hablemos de eso, Paola.

—Como quieras... ¿No sois gente...? Quiero decir si vuestros asuntos no son...

—¿Limpios? —sonrió Morgan.

—Perdona, pero...

—No importa. Son limpios, Paola. ¿Más tranquila?

—¿Por qué? Igual. Quedamos anoche en que daba lo mismo que fueses vendedor que ingeniero, o algo así. Eres Morgan Clayton, y eso es suficiente. Sin embargo..., bien: lo admito, un poco más tranquila. No me gustaría que la Policía se metiera conmigo... Huí de mi casa hace dos años, Morgan. No podía soportar a mis padres... Y ya sabes por qué. La razón, por supuesto, la tienen ellos. Pero... no sé lo que me empuja a vivir de un modo intenso..., ¡tan vacío, no obstante, a veces...!

Morgan la escuchaba, sonriendo.

El auténtico bombón reunía otra gran cualidad: inteligencia, sí.

—Supongo que es la propia juventud, Paola —murmuró.

Ella sonrió.

—Es posible... Eres muy amable, Morgan. ¿A qué hora te espero?

—No sé. Espérame, simplemente, si lo deseas.

—Lo haré. Y tal vez mañana te marches, Morgan...

Morgan sonrió, y dijo:

—Pero yo no me iré sin despedirme, no temas.

Ella tal vez captó alguna intención en especial en aquellas palabras, puesto que sus pupilas, por unos segundos, vigilaron las de Morgan Clayton.

—Estaré en mi casa, Morgan —dijo.

—De acuerdo...

—¿Te vas ahora mismo?

—No. Te acompañaré a casa, y... Bien, si no te importa.

—El coche.

—Exacto —dijo Morgan, con una leve sonrisa.

—No importa. ¿Nos vamos?

Morgan asintió con la cabeza. Pagó la cuenta, y juntos se dirigieron hacia donde estaba el biplaza alquilado por Paola. Se metieron en el coche, y Morgan bordeó toda la playa, hasta llegar al aeropuerto, y de allí al Puerto Franco y Piazza Cavour. Ninguno de los dos parecía darse cuenta de lo que hacían cuando subieron al piso de Paola y penetraron en él. En aquellos momentos no sonaba el piano ni berreaba crío alguno. Ellos se miraban, todo el ambiente era para ellos. Paola cerró los ojos mientras Morgan la besaba largamente.

De ningún modo podía Morgan ignorar que la organización que había asesinado a Simone Durand y capturado al ruso Parkowian estaría vigilante. Por su visita a la griega Zoupas y por la desaparición de uno de los elementos del grupo. Sin embargo, sí era probable algún desconcierto entre ellos. Y eso era lo que esperaba aprovechar el hombre del

F. B. I.

Eran casi las diez de la noche, y en las colinas de Villa

Rubattino, que dominan la ciudad de Génova, apenas llegaban resplandores de algunas luces de quintas diseminadas. Morgan ascendía por el terreno más accidentado, en dirección a aquella quinta, donde estaba instalado el heliógrafo.

Poco después, se metía ya en terreno enemigo, por entre la alambrada. Morgan significaba allí apenas una sombra, dotada de rápidos y seguros movimientos. Llevaba el pantalón gris, el suéter negro y la cazadora con el hueco para la automática.

Cuando vio la quinta, casi en su totalidad, quedó quieto, normalizando la respiración, observando un posible lugar de acceso al edificio. Aquella quinta no tenía cuidados jardines ni pista hípica, ni piscina, ni comodidades... Normalmente, debía estar deshabitada.

Achicó los ojos al observar que, en todo caso y paradójicamente, el punto de acceso más fácil era, precisamente, el más alto; la torreta de la casa, en cuya punta estaba la veleta. Podía trepar por las enredaderas que le dejaban en los arcos de la propia torreta. Por lo demás, no observó vigilancia en aquel punto elegido.

Sin más rodeó hasta situarse frente a las frondosas enredaderas, que cubrían casi todo un lateral de la casa. Tuvo que atravesar un espacio libre, lo cual hizo a la carrera, agazapado. Luego se situó entre las enredaderas y empezó a trepar, con la espalda pegada a la pared. No fue un ascenso difícil; se encontró con los pies sobre una de las aberturas de la torre y saltó silenciosamente a la torreta. Lo primero que vio fue el heliógrafo, en un rincón. Luego, la puerta.

Estaba cerrada, naturalmente. Pero Morgan extrajo su instrumental y la abrió fácilmente. Luego escuchó.

No se percibía sonido alguno, pero había luz.

Empuñó la automática e inició el descenso.

Era realmente una casa muy antigua, hasta el punto de que su solidez era ya mera apariencia. Quizá fue construida alrededor de 1800. La escalera descendía en espiral, y conducía a un vestíbulo muy amplio e iluminado, lo cual significaba un claro peligro.

Por unos instantes, el hombre del

F. B. I.,

se sintió vigilado, como atrapado, como si un centenar de ojos estuvieran mirándole irónicamente. Sin embargo, ya en el tramo final de la escalera, no había visto a nadie. Y había varias puertas

que comunicaban con aquel vestíbulo. Todas cerradas... Sonrió, pensando que había burlado la vigilancia del exterior sin tan siquiera ver a los guardianes.

Llegó al vestíbulo y empezó a dudar sobre aquellas puertas.

Fue cuando oyó pasos de dos hombres, y sus voces.

No había más alternativa: saltó hacia la puerta más cercana y se metió en el interior de la estancia, a oscuras, con la automática en la mano y pegado a la puerta.

—No hemos visto nada hasta ahora.

—Pero algo ocurre, Matrai. Brito ha desaparecido. Por otra parte, la visita de ayer de aquel tipo... Creo que lo prudente será cambiar de situación.

—Eso no es cosa nuestra, Jurgén. No podemos tomar la iniciativa nosotros...

Morgan, con la frente perlada de sudor, notó que Matrai y Jurgén se metían en la estancia contigua.

Entonces, ya habituado a la penumbra, observó el contorno de la estancia en que se encontraba. No había un solo mueble. La cortina de la ventana estaba caída en parte y olía a viejo, a rancio. Había cuadros en la pared y recuadros de pinturas que habían sido retiradas. Trató de escuchar algo a través del tabique, pero pese a estar seguro de que Matrai y Jurgén habían penetrado en el cuarto contiguo, no pudo percibir ni un simple rumor.

Estaba pensando frenéticamente, cuando oyó de nuevo la puerta de aquel cuarto, y las mismas voces:

—... y es imposible mantener la situación.

—Podríamos emplearnos a fondo, Jurgén.

—¡A fondo...! ¿Le has visto? No resistiría ya ni una bofetada. No, no... Ése no es el procedimiento. Pero, como te digo, hay que informar sobre las dificultades. Que decida Kuhn, él manda.

Se alejaban. Morgan aún tardó unos minutos en decidirse; abrió la puerta y, seguidamente, abrió la contigua, introduciéndose en el cuarto. Era un salón recargado, lleno de polvo, con una puerta al fondo. La mirada de Morgan recorrió aquel salón, observando la figura de bronce que simulaba un gladiador con su red, de malla metálica, pesada.

Fue hacia la figura y tomó la red, que dejó preparada en su mano izquierda. Luego caminó hacia la puerca.

Esbozó una sonrisa antes de llamar; luego se pegó a la pared, a la espera.

Tuvo que llamar de nuevo.

Por fin, se abrió la puerta y se oyó una voz:

—Pero ¿qué estáis hacien...?

La cabeza del hombre había asomado, y el hombre del

F. B. I.,

lanzó la pesada red, alcanzando de lleno la cabeza del tipo, quien se sintió aprisionado, sorprendido, viendo por la tupida malla el rostro de Morgan, quien había tirado con violencia, casi derribándola. Éste no pudo reaccionar; quise chillar y, a la vez, hacer uso de su pistola. Pero dos cosas a un tiempo casi nunca se consiguen. Morgan le asestó un rodillazo en el cuello, estrangulando el grito, y luego pisaba la diestra del hombre, que tuvo que apoyarla en tierra al perder súbitamente las fuerzas.

Cuando el tipo soltó la pistola, Morgan, inspirado, se limitó a hacer caer hacia adelante la figura de bronce, muy pesada, que destrozó la coronilla del tipo, pese a la red. El hombre quedó aplastado por la figura, que sólo había producido un sordo choque.

Morgan entonces, la colocó convenientemente, y al muerto, con la red cubriéndole aún la cabeza y los hombros, lo arrastró hacia detrás de unos sillones.

Luego fue hacia la puerta y se coló en el interior.

Era un pasillo y dos dependencias, con luz sobre la puerta de una de ellas. La otra, un poco más alejada, estaba a oscuras.

El hombre del

F. B. I.,

vaciló; trató de mirar por la cerradura, pero apenas vio los zapatos de un tipo; uno en el suelo y el otro balanceándose.

Podía haber más de un tipo, y, por el momento, a Morgan le interesaba conocer el terreno. Por tanto, se dirigió hacia la otra puerta, tratando de abrir. Aquélla estaba cerrada con llave. Lo lógico era suponer que algo ocultaba, y, por tanto, se decidió por el uso de la ganzúa. Tan pronto entró en el cuarto, vio una silueta en pie.

Una mujer.

Corrió hacia ella al observar que estaba completamente histérica y que iba a gritar, a llorar... ¡Cualquiera sabe cómo puede

reaccionar una histérica...!

Morgan se abalanzó sobre ella, amordazándola fuertemente con la mano izquierda, apretándola, acurrucándola en un rincón, hasta que la resistencia de ella cesó. Aún sin quitar la zurda de la boca de la mujer, Morgan musitó:

—No se asuste... Hable en voz baja, como yo. ¿Entendido?

La mujer, tras mirar con ojos de terror a Morgan, asintió con la cabeza.

Y Morgan estaba realmente sorprendido mirando el rostro de aquella mujer. Era Tsava Zoupas... Los ojos negros y grandes, el rostro perfecto, la nariz recta, la boca bien dibujada... De súbito, se sintió furioso y realizó una prueba: tiró con fuerza de los cabellos de la dama, hacia atrás, esperando ver salir pellejo y cabellos.

No. Ella quedó muda de espanto, temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas.

—Perdone... Pero creo que hay muchas Tsava Zoupas —susurró el hombre del

F. B. I.

—¿Y... y... usted...?

—Oh, no... Yo no soy Tsava Zoupas..., aunque el momento es muy propicio para las bromas. Diga, ¿cuántos hombres son?

—¿Me sacará de aquí...? ¿Lo hará...? Diga, ¿lo hará...? —jadeó aquella mujer, aferrándose, con fuerzas que proporciona la desesperación, a Morgan.

—Lo intentaré. ¿Usted o ella? Quiero decir si usted es la legítima Tsava Zoupas, o ella, la que está en su quinta.

—Yo.

—Está bien, es lógico. Diga, ¿qué ocurrió?

—¿Por qué tengo que darle explicaciones...? Usted puede ser como ellos, y...

—¿Qué quieren de usted?

—Oh..., nada. ¡Nada! Me tienen aquí, me dan de comer, pero, pese a no ser bruscos conmigo, no puedo ver el exterior, no puedo salir de aquí y no me dan explicaciones, no me dicen una palabra... Les hablo, les suplico, pero ni me escuchan... Es horrible...

—Baje la voz, se lo ruego.

—Sí, sí...

—¿Cómo ocurrió, señorita Zoupas?

—Ni siquiera lo entiendo ahora... Llegué de Atenas a Roma Roma-Génova, en avión... Al salir del aeropuerto, me esperaba un coche; me pareció natural, puesto que antes-que yo habían partido mi criado y la doncella, para acondicionar la quinta. Me metí en el coche, y... Bien, no conocía al chófer, un tipo que parecía mudo... No respondía a ninguna de mis preguntas, pero no objeté nada, puesto que observé que me dirigía hacia Villa Rubattino. Cuando quise darme cuenta de que no tomábamos el camino de mi quinta, el coche se detuvo, dos hombres se metieron dentro, conmigo, y me dijeron que me tranquilizara, que nada iba a ocurrir, y que les perdonase las molestias que iba a sufrir durante unos días. Me vendaron los ojos, me amordazaron, y cuando me di cuenta ya estaba en este cuarto...

—Pero... ¿Es todo?

—Bueno, no sé... Todo.

—¿Ningún detalle extraño?

—Detalle extraño... Podría ser que los dos primeros días tenía un sueño extraordinario... Jamás me había sucedido. Dormía mucho y profundamente. No recuerde absolutamente nada de los dos primeros días; como si no los hubiese vivido yo.

Morgan asintió con la cabeza.

—Parece que está claro —gruñó.

—¿Claro, dice? Oh, usted no entiende... ¿Qué es lo que está claro? Me... me raptan; no veo otro modo de llamar a esta situación en que me encuentro. Me raptan, digo, y no recibo una sola explicación. Me pasan el desayuno, el almuerzo y la cena. Y ahí te quedas... Naturalmente, sospecho que le van a pedir rescate a mi padre. Y si se demoran tanto, es porque mi padre está dando una vuelta de negocios por todos los puertos importantes del mundo... Mi padre es armador de...

—Sé algo de eso, y sospecho que no se trata de pedir un rescate por usted. ¿Vio a una mujer entre esos hombres?

—No...

—¿Está segura?

—Completamente.

—Ya. Lo hicieron bien, no cabe duda. La debieron narcotizar, a veces dormir profundamente de modo que un especialista en mascarillas de plástico, o incluso en cirugía menor de belleza,

trabajase intensamente..., con extraordinarios resultados, hay que admitirlo. Usted y la otra son idénticas... Por lo menos, en esta penumbra yo no descubro detalle alguno que se diferencie de...

—¡Pero qué otra...!

—Cálmese. Una mujer está usurpando su sitio en la quinta de Villa Rubattino. Y usted, señorita Zoupas, ha tenido que salir de aquí.

—¡No es cierto...!

—Si sigue gritando, la vida de ambos vale una lira.

—Pero... es que no entiendo...

Se apretaba las sienes con las manos. Meneaba la cabeza.

—La sacaron de aquí hace cinco noches, y usted estuvo en Venecia, concretamente en Lido, en un yate llamado «Club Riviera». Tiene que recordarlo... Aunque, no puede ser de otro modo, estaba bajo los efectos de alguna droga. De todos modos, la utilizaron, con lo cual, posiblemente, no son tan estúpidos como parece a simple vista. Puede decirse que su único error fue el exceso de confianza, utilizando el heliógrafo.

—No entiendo nada..., nada, nada...

—Bien, cálmese. Espero poder sacarla de aquí. Pero, por el momento, permanezca quieta y tranquila. Es importante, compéndalo.

—Es difícil comprenderlo, pero puesto que se trata de una oportunidad de salir de aquí, le obedeceré.

—Eso es... Veo que se ha serenado, señorita Zoupas.

—Es necesario.

—En efecto. Bien, tenemos que la raptaron hace...

—Nueve días.

—Nueve días. Inmediatamente se pusieron a trabajar con usted y la otra dama, consiguiendo para ella un rostro idéntico al suyo. Y ocupó su puesto en la quinta, con verdadero éxito. Tenemos, pues, que puede ser griega, y conocerla a usted a fondo. No creo, de todos modos, que se haya arriesgado con amistades íntimas de usted en Génova.

—Oh, no... Pocos amigos tengo aquí. En Roma es distinto.

—Tanto mejor para la otra mujer. Ha desempeñado sus funciones, mientras usted era utilizada, siempre bajo el efecto de estupefacientes. Ni siquiera recuerda haber estado en un yate-

casino-club.

—Vagamente... Un sueño. No hubiese podido jurar que era real...

—Entiendo. Por si algo iba mal, se armaría un escándalo fenomenal, complicándola a usted, a la legítima Tsava Zoupas. Mientras, la otra se hubiese enterado, esfumándose. Por otra parte, cualquier pista que dejaran conduciría a una mujer que no se había movido de su casa. No está mal...

—Oiga..., ¿yo hice algo malo?

—Es curioso... —sonrió, torcidamente, Morgan—. Usted vio un cadáver, y luego estuvo presente cuando Parkowian era raptado. Usted, con un hombre estuvo en la bodega del yate... Y allí estaba Parkowian. ¿No recuerda algo al respecto?

La mujer, muy desconcertada, meneaba la cabeza.

—No, lo siento...

—Cualquier preparado hipnótico lo suficientemente fuerte pudo conseguir esos efectos —dijo Morgan—. Lo de usted salió perfecto. Lo otro, no tanto: la cámara y las señales heliográficas... Pero usted no entiende... ¿No ha salido de este cuarto?

Elle hizo un gesto de incompreensión.

—Que recuerde, no...

—De acuerdo. Vamos a intentar algo. Yo me situaré detrás de la puerta de su cuarto, tras cerrarla con la ganzúa. Usted, entonces, golpea con todas sus fuerzas, y grita. Tiene que conseguir ser oída. Lo lógico es que se produzca la consiguiente reacción, y alguien se presente aquí, para ver qué ocurre. Y es posible que traten de narcotizarla para que les dejen en paz... En fin, pueden hacer algo.

—¿Y... usted?

—Yo arriesgo lo demás —musitó Morgan—. Espero que realmente no piensen matarla a usted, señorita Zoupas.

—No sé. Y he pensado mucho en mis criados...

—Despídase de ellos, lamento decírselo. Ellos no eran tan necesarios como usted.

—Oh pero... ¿es posible...?

—Lo es. ¿Lo intentamos?

—Sí...

—Vamos hacia la puerta.

Morgan la tomó de un brazo, y ambos se dirigieron hacia la

puerta, y la ganzúa de Morgan actuó. Se pegó a la pared, con la pistola en la mano, y musitó:

—Cuando quiera.

Entonces, la griega auténtica empezó a gritar y a golpear la puerta, sin que durante dos larguísimos minutos se produjera reacción alguna. Por fin, Morgan pudo captar pasos, y se tensó, dispuesto al fulminante ataque, imprescindible para poder seguir adelante. Tsava Zoupas seguía gritando y golpeando la puerta, que alguien, entonces, abrió con ira, entró y le asestó un fuerte empujón a Tsava Zoupas tirándola al suelo.

—Maldita estúpida... —masculló el tipo—. Te voy a cortar la...

El golpe, perfectamente calculado por Morgan, alcanzó al tipo en la coronilla, dejándole de rodillas en tierra. El segundo golpe le tiró de brotes.

VII

MORGAN miró a la griega, que se estaba incorporando.

—¿Está bien? —inquirió.

—Sí, sí.

—Atienda: salga de aquí y suba a la torreta. Desde allí..., mejor que desde este momento prescinda de esa falda estrecha; será un obstáculo.

—Pero, yo...

—Tiene que llegar a la torreta, descender por la enredadera y correr, señorita Zoupas. Supongo que comprende lo necesario de tener libertad de movimientos.

La mujer, tras una breve vacilación, se quitó la falda. Morgan, tras un pestañeo al ver aquellas hermosas piernas, siguió:

—Una vez en el exterior, debe correr, por la parte trasera de la quinta, colina abajo, en dirección al camino que bordea Villa Rubattino, que es Via Trento. Verá un coche. No hace falta que espere dentro, por si lo hubiesen descubierto, o lo descubrieran mientras la buscan, en el supuesto que yo le dé tiempo. Me espera allí, simplemente. ¿Se atreve?

Tsava Zoupas vaciló un instante.

—Creo que debo intentarlo —dijo—. Tan sólo sea por las molestias que usted se toma.

—Eso no es lo importante.

—¿Y... si usted no llega?

—Calcule como máximo una hora. Si no llego, se mete en el coche, va en busca de la Policía y, entiende bien esto: condúzcala a su quinta, para que detengan a la impostora. Nada más.

—Bien... Cuando quiera.

Morgan asomó la cabeza. Nadie en aquel pasillo. Luego, ya

juntos, fueron hacia la estancia donde estaba el cadáver medio envuelto en la red. Y de allí, al vestíbulo. Morgan hizo una seña, y Tsava Zoupas, descalza, mostrando las piernas, con gracia y agilidad de movimientos, corrió en dirección a la escalera. Morgan ya no perdió más tiempo con ella. Regresó al cuarto donde estuvo apresada la griega y observó que el tipo empezaba a recobrar el conocimiento. Le asestó un nuevo golpe y le arrastró hacia el lecho. Le envolvió con las sábanas, amordazándolo fuertemente, hasta el punto de que el riesgo de morir por asfixia era casi cierto.

Lo dejó sobre el lecho, convertido en un montón blanco.

Luego con la pistola del tipo en un bolsillo del pantalón y la suya en la diestra, el hombre del

F. B. I.,

que se sentía empapado, con las ropas pegadas moleestamente al cuerpo, a causa del sudor, se introdujo en la estancia que seguía con la puerta iluminada, abierta en aquellos momentos, mostrando un lugar donde, al parecer, se centraban las comodidades del grupo. Era allí donde habían bebido, comían, donde se tendían sobre los sillones y el sofá...

Una mirada en torno le hizo fruncir el ceño.

Tal vez Matrai y Jurgen habían salido para avisar al tal Kuhn, y no podían tardar en llegar... Y en aquella estancia no había nada. Libros, biblioteca... Posiblemente, la biblioteca se corriera, dejando el acceso libre a cualquier otra dependencia, pero...

Se acercó a la biblioteca y empezó a manosear ángulos, salientes, libros...

Tragó saliva al ver que había tenido éxito: la biblioteca cedía. Se iba abriendo, dejando ya visible un hueco; un hueco suficiente para que un hombre hiciera su aparición, por lo que inmediatamente Morgan comprendió que no había sido él quien había abierto. El hombre y Morgan, mutuamente sorprendidos, estuvieron quietos unos instantes. Morgan era mucho más joven, y sus reflejos, por fuerza, superiores. No empleó, sin embargo, la violencia. Se limitó a clavar el cañón de la pistola en el estómago del otro, y dijo:

—Muéstreme el resorte.

—¿Usted...?

—Mi tiempo es precioso.

—Aquí...

—Entre.

Le empujó hacia el pasillo, y el propio Morgan apretó el resorte, observando que la biblioteca giraba, ocultando el hueco, con lo que, automáticamente, se encendieron unas luces en el pasillo. Ya algo más relajado, Morgan miró a aquel hombre. Tendría cincuenta años, era delgado, de rostro macilento, ojos verdes, extraños, de loco, y vestía bata blanco, sucia, desabotonada en parte.

—¿Quién más hay con Parkowian? —inquirió Morgan.

—Nadie.

—De acuerdo. Usted primero.

—Como quiera... No saldrá de aquí.

—Tal vez no lo crea, pero he salido de sitios peores. Por otra parte, he reducido ya sensiblemente el número de enemigos: dos muertos y otro al borde de la asfixia. Quedan Matrai, Jurgén, el tal Kuhn y usted. Tengo la impresión de que Kuhn no es un enemigo cercano. Y, sin olvidar a esa mujer que usurpa la personalidad de Tsava Zoupas, debo decirle que está ocupada con una de esas fiestas que la crispan. Supongo que lo mismo el rostro de Tsava Zoupas que los efectos de los estupefacientes o hipnóticos son cosa suya.

—Sí...

Pasaron de largo por un laboratorio. Pequeño; no parecía tener gran importancia. Luego, una sala-quirófano. Todo parecía haber sido instalado para una emergencia, como era la operación practicada en el rostro de la falsa griega y la obtención de los hipnóticos.

Por fin, llegaron a una puerta, entornada, con el interior a oscuras.

—La luz —gruñó Morgan.

El tipo, impasible, obedeció.

Morgan, de un empujón, le introdujo en la estancia y penetró a su vez, con la pistola en la mano, que tembló visiblemente al ver el espectáculo.

Tras un pestañeo, estuvo a punto de disparar fríamente contra el hombrecillo loco de la bata blanca; estuvo a punto de clavar seis balas en aquella cabeza desvariante.

Allí sobre una camilla, estaba Parkowian, un hombre de cabello negro, con canas, con muchas canas algunas de las cuales, probablemente, le habían salido en los últimos días. Estaba ligado a

la camilla, de cabeza abajo, y su rostro era una extraña gama de colores; del lívido natural, al morado, al rojizo claro y al rojo negruzco de la sangre seca. Parkowian mostraba una sonrisa estúpida; le faltaban dientes, sus ojos estaban hundidos y como mirando hacia el interior de su cerebro. Ácidos diversos habían corroído parte de sus pies; los pinchazos estaban marcados en todo el cuerpo...

—Aun así, no ha dicho una palabra —musitó Morgan.

—No...

—Han recurrido a todos los medios, claro.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Se resiste a todo; es cuestión de subconsciente, por supuesto. He trabajado mucho con él, y resulta materia sumamente interesante. Cuando hable y le maten, me quedaré con su cerebro...

Morgan le soltó un violentísimo revés al tipo, quien giró, dándose de bruces contra una columna estucada. De allí cayó al suelo; un punterazo en la boca le machacó los labios. Por último, Morgan, con ira blanca dominando su cerebro, tomó un tubo de ácido nítrico y lo vertió sobre el rostro del loco.

Aquello fue el final.

El tipo quedó retorcido, negro el rostro, desorbitados literalmente los ojos.

Morgan, entonces, fue hacia la camilla.

La primera medida fue colocarla en posición horizontal. Luego examinó atentamente a Parkowian, que, a su vez, le miraba, pero con expresión tal que hacía concebir a Morgan muy pocas esperanzas, por el momento.

—Parkowian...

—Soy más fuerte que ustedes... Nunca lo diré. Nunca.

—Le está hablando Morgan Clayton, agente especial del F. B. I.

—Nunca... Los documentos, además, están ya en Estados Unidos. Se perderán, tal vez, porque los mandé a un apartado inexistente. Deben retenerlos en Correos en espera de alguna reclamación... ¿Lo entienden? Vayan a Estados Unidos, a Washington, al Edificio de Comunicaciones, y reclamen esos documentos. ¿Por qué no lo hacen? Vayan, vayan...

—¿Qué apartado es, Parkowian?

—Averígüelo.

—Parkowian, trataré con todas mis fuerzas de sacarle de aquí. No obstante, es probable que el éxito sea sólo una mitad. Por tanto, puesto que usted estaba dispuesto a pactar con Washington, diga ese número.

—Sigan torturándome, sigan... Ya no duele nada.

Morgan apretó los dientes.

Miró en torno, en busca de algo, que estaba colgado en el respaldo de una silla: las ropas de Parkowian. No obstante, sería una auténtica tortura vestir a aquel hombre... Se decidió, no obstante. Fue en busca de los pantalones y, tras soltarle los pies, se los puso. Luego le colocó tan sólo la bata blanca del loco cuyo rostro había sido corroído por el ácido. Mirando los pies de Parkowian, optó por envolverlos en ropas, para lo que utilizó la parte de las del propio Parkowian y del muerto.

Le puso en pie.

El dolor, tal vez, hizo que la lucidez regresara al cerebro de Parkowian. Miró, aterrado, a Morgan, quien comprendió que el loco muerto estuvo en lo cierto: la resistencia de Parkowian era cosa del subconsciente.

—¿Qué quieren ahora...? No puedo más...

—

F. B. I.,

Parkowian. Domínese como pueda. Trataré de sacarle de aquí.

—Pero... no puede ser...

—No perdamos tiempo, Parkowian. Le ruego que me comunique el número del apartado inexistente al que remitió los documentos.

—No, no... Quiero salir... Sáqueme de aquí...

—Como quiera... De todos modos, es fácil que muramos ambos, y no sirva de nada que yo sepa cómo localizar esos documentos.

Luego, Morgan sonrió con amargura, al advertir que Parkowian estaba al borde del desmayo.

—¿No podría tratar de ayudarme un poco, Parkowian? —inquirió—. Por usted y por mí.

—S-sí... Sí...

—¿Puede caminar?

—Lo intentaré...

—Espere...

Morgan le dejó apoyado en la pared, y estuvo examinando todo el complejo utilizado por el loco para torturar a Parkowian. Salió de allí, corriendo hacia el laboratorio, y lo primero que tomó fue una jeringuilla hipodérmica, y luego buscó hasta encontrar una ampolla de morfina. Regresó junto a Parkowian, que se estaba derrumbando, y tras subirle una manga de la bata blanca, le inyectó la morfina.

La reacción se produjo unos instantes más tarde.

Parkowian parecía mirar con más inteligencia, observado por Morgan, quien dijo:

—Vamos.

—¿Quién es usted? No le he visto antes...

—Va se lo dije: Morgan Clayton, del

F. B. I.

—De acuerdo: una nueva trampa.

—Una cosa muy importante, Parkowian: no desconfíe de mí. Podría ser la causa del fracaso de ambos. ¿Comprendido?

Parkowian miró a Morgan a los ojos.

—Le obedeceré —dijo—. Pero no haga preguntas; no responderé.

—No pienso perder un solo segundo más haciendo preguntas. Se trata de salir de aquí. Vamos.

Un avance desesperantemente lento. Morgan dejaba a Parkowian que apoyase casi todo su cuerpo en su hombro izquierdo, mientras que la diestra del nombre del

F. B. I.,

estaba libre, empuñando la pistola. Confiaba en que, pese a todo, hubiese actuado con la suficiente rapidez. Casi arrastraba, empapado en sudor, a Parkowian, hacia la biblioteca giratoria. Poco después, estaba frente al resorte.

VIII

LA biblioteca estaba girando, y los dos hombres pudieron ver la estancia solitaria. Salieron rápidamente, dirigiéndose hacia la puerta. Fue entonces cuando oyeron pasos, y Morgan, tras echar un vistazo a Parkowian, le asestó un golpe en la base del cuello, privándole del conocimiento. Le dejó en un rincón y, a su vez, saltó detrás de un sillón, cuando entraban Matrai y Jurgén.

—¿Dónde están los otros...?

—Tal vez con el doctor Jekely; ha debido llamarles para algo.

Fueron directos hacia la biblioteca, y el hombre del

F. B. I.,

observó el lugar exacto donde estaba situado el resorte. Dejó que abrieran y que penetrasen en el pasillo. Incluso dejó que cerrasen la biblioteca giratoria. Entonces se acercó al resorte, examinándolo atentamente. Llegó a la conclusión de que el de entrada y salida estaban conectados. Por tanto bastaba con inutilizar uno de ellos. Difícilmente saldrían de allí, puesto que al tocar el fondo de la biblioteca, golpeándolo con la pistola, observó que era plancha metálica bastante gruesa.

Recurriendo a sus instrumentos, desenroscó el resorte, dejando al descubierto el mecanismo, que inutilizó fácilmente. Luego, volvió a enroscar el botón. Probó a abrir, fútilmente.

Y desde allí oía golpes, rumores, voces...

—Tenéis algunas alternativas aún —musitó Morgan—. Por ejemplo, utilizar material del laboratorio para volar todo esto... y con vosotros incluidos. Otra, es esperar algo favorable. Por ejemplo, que la Policía os atrape. Por raptó de la griega. Y supongo que no confesaréis la realidad de lo ocurrido, ni mencionaréis la actuación del

F. B. I.

Es lo que menos os conviene. «Ciao».

Estaban disparando, pero la plancha era perfecta. Ni siquiera las balas podían con ella.

Tranquilo, se acercó a Parkowian, que le miraba, con cierta expresión de asombro.

—¿Por qué me pegó? —musitó el ruso.

—Lo siento, Parkowian, pero tuve que atender debidamente una visita.

—Oigo disparos...

Morgan miró hacia la biblioteca.

—Realmente..., no son muy amantes de la cultura. Querrían destrozar a balazos los libros. En fin... Sin olvidar a la falsa Zoupas, y tampoco al tal Kuhn, que debe andar cerca, creo que podemos arriesgarnos a salir.

—¿De veras es usted del

F. B. I.?

—Depende de si está dispuesto a creerme o no, Parkowian. No perdamos tiempo ahora.

—Es que..., si muero...

—¿Va a decirme el número del apartado?

—Es el diez mil cuatrocientos cincuenta y cinco.

—Se supone que usted pretendía una buena suma de dinero, Parkowian. Yo puedo abandonarle aquí y regresar a Washington tranquilamente. Yo sólo reduciría a la mínima expresión las dificultades de esta fuga.

—Pero no lo hace, Clayton.

—No. Vamos. Se supone, además, que usted y esos papeles se complementan.

—Exacto.

—¿Ha pensado la suma?

—No. Pero será del orden del millón, y garantías de protección.

—Bien..., yo no decido. Mi misión consiste en trasladarle a Estados Unidos. Y, diga, ¿por qué protección?

—¿Cree que en Rusia se habrán quedado tan tranquilos?

—Claro, entiendo. Aguarde aquí; apóyese en la pared.

Morgan se separó de Parkowian y salió al exterior, cautamente. El silencio, la soledad, las sombras, predominaban en todo el

contorno. Abajo, muy lejos, Génova, la arqueada Génova, que se había desarrollado en torno al puerto y al Golfo de Génova. Sus luces, su atmósfera, el brillo de las aguas lejanas...

Hizo una seña a Parkowian, quien caminó muy lento, tullido, hacia el hombre del

F. B. I.,

quien meneó la cabeza.

—El descenso no será cómodo, por supuesto —gruñó—. De usted depende.

—He soportado mucho —dijo—. Si me juego la libertad, haré lo que sea.

—De acuerdo. Adelante. Procure no despegar los labios ahora.

—Bien.

Se alejaron del contorno de la quinta, en línea recta hacia donde estaba el biplaza, y, seguramente, la griega, esperando. Por lo pronto, la organización parecía completamente desmembrada, inutilizada. Tres muertos, uno a punto de asfixiarse, y dos elementos aislados, completamente desplazados de toda acción, encerrados en el sótano de quirófano y laboratorio. Morgan iba calculando sus posibilidades y sonreía levemente. Muy cierto que le hubiese gustado hacer una visita a la falsa Tsava Zoupas, pero no quería correr ya el menor riesgo innecesario. La griega legítima le ayudaría en tal sentido, y del modo más simple.

Descansaban de cuando en cuando; se percibían rumores de brisa en la montaña. Ni una luz en Via Trento, donde estaba el coche.

Tardaron casi quince minutos en llegar, casi a la hora justa de la fuga de Tsava Zoupas, por lo cual Morgan llegó a temer la ausencia del coche. Pero no. Lo vio desde trescientas yardas de distancia, pero no distinguió a la dama, la cual, obviamente, se atenía férreamente con indudable inteligencia, a las instrucciones del hombre del

F. B. I.

—Ahí está el coche, Parkowian. Iremos un poco incómodos, pero vaya pensando que su objetivo está a punto de ser logrado. ¿Por qué abandonó su país, negándoles a ellos su invento?

—Por dinero, Clayton. Y por ideas. Pero he citado los motivos por orden de importancia. Además, y tal vez me crea un cínico, he

llegado a la conclusión de que lo que ahora voy a vender a Estados Unidos, muy pronto lo tendrá también Rusia. Mediante su espionaje. Todos lo sabemos. Pero me beneficio yo, y su país, de modo que mi conciencia está tranquila. Yo quiero vivir, para eso he triunfado, Clayton.

—Por lo menos, se expresa con claridad.

—¿Por qué no? Si llegamos a Estados Unidos, Clayton, yo habré logrado todos mis sueños; poseer un millón de dólares, vivir como corresponde a un hombre de mi mentalidad, haciendo siempre lo que desee, y cómodamente, además. No me gusta tener capitanes ignorantes a mi espalda, vigilando mis trabajos; no me gusta que en todo momento tenga que abandonar proyectos propios, en beneficio de un ejército de estúpidos... El único equipo técnico-científico que es de mi agrado es el que formo yo mismo. Y..., debo insistir: ese millón de dólares.

—¿Tiene familia en Rusia?

—No.

—Bien. He ahí un paso más hacia su salvación, y la mía, claro.

El coche estaba solo a cinco yardas. Y alguien se acercaba; alguien que trataba de ocultar unas piernas desnudas; alguien cuya palidez destacaba en la noche.

Parkowian, al ver a la Zoupas, quiso retroceder, jadeando.

—¡Lo sabía...! ¡Una trampa, malditos sean...! ¿Cree, imbécil, que le di el número correcto del apartado? Yo no...

—Tranquilo, Parkowian. Dio el número correcto, no es una trampa, y ese rostro que ve, y que reconoce por haberlo visto en el «Riviera Club», es el original de otro duplicado que mueve ciertos hilos de la operación. Ella es la legítima Tsava Zoupas. Inofensiva —sonrió Morgan—. Una dama en apuros. Por favor, señorita Zoupas, no se quede ahí, puede meterse en el coche.

—Pero yo no recuerdo a ese hombre...

—Lo sé, lo sé... Pero él si la reconoce a usted. Yo estaba en lo cierto: usted estuvo bajo los efectos hipnóticos de cualquier droga. No perdamos tiempo.

Parkowian pareció tranquilizarse un poco.

—¿Adónde vamos? —musitó.

—A dar el siguiente paso, Parkowian.

Parkowian y la griega se apretujaron en el asiento. Morgan se

situó frente al volante y puso el coche en marcha, hacia Nuova Strada. Minutos más tarde, habían dejado atrás la zona peligrosa. Morgan miró de soslayo a Tsava Zoupas y dijo:

—La dejaré en Génova, señorita Zoupas. La ruego que siga de nuevo exactamente mis instrucciones. Vaya a la Jefatura de Policía y denuncie su caso del siguiente modo: fue raptada hace nueve días al salir del aeropuerto, y no sabe lo ocurrido hasta hoy. Tan sólo sabe que ha conseguido huir, enterándose de que una impostora está en su quinta. Usted, sin duda, podrá probar que es la auténtica Tsava Zoupas. No diga una sola palabra más. Que la raptaron, y que la impostora sigue en la quinta.

—Pero... todo lo que ha ocurrido, y usted...

—Es un pequeño favor que le pido, Tsava. ¿Se siente agradecida por mi aparición?

—¡Oh sí...!

—Entonces, a su vez, hágame el favor de silenciar todo esto. Simplemente, diga que escapó, y sabe lo de su usurpación. Es todo. En definitiva, antes de mi llegada, usted no sabía nada. Ni siquiera que otra mujer estaba ocupando su sitio.

—Es cierto...

—¿Lo hará?

Ella sonrió, mirando a Morgan.

—Se lo prometo —dijo—. Sólo que fui raptada, he huido y quiero que se detenga a toda esa gente.

—Eso es. No mencione al

F. B. I.,

ni a Parkowian... Es mi ruego. Es... la devolución del favor que acabo de hacerle.

—Pero es extraordinario. De todos modos, señor Clayton, muy poco más podría contar a la Policía. Un agente del

F. B. I.,

un hombre cuyo apellido es ruso, una banda de secuestradores... Creo que lo olvidaré pronto. Olvidado ya —sonrió—. Pero, un pequeño detalle... No me gusta exhibirme en estas condiciones, señor Clayton.

Morgan sonrió.

—Seguramente, la Policía se sentiría entusiasmo da si usted llegara realizando esa... exhibición.

—Muy amable por el halago, pero comprenda.

—Por supuesto. Trataré de solucionarlo.

—Confío en usted. Creo que confiar en usted ha sido, después de todo, una de las cosas más sensatas que he hecho en mi vida. Pero no me diga que en su vestuario dispone de ropas femeninas.

Morgan sonrió. La griega, ya repuesta y en feliz situación después de varios días de angustia, resultaba una señora agradable. Parkowian, por su parte, estaba callado, y parecía no reparar en que veinte y pocos años de belleza estaban apretujados contra él.

—Tengo una amiga que nos ayudará, Tsava —dijo Morgan.

—Espléndido.

—Luego sin perder tiempo, haga lo que le he dicho. La demora podría conducir a la fuga de esa mujer y de otros elementos de esa organización.

—Ya le comprendo, señor Clayton... Creo que resultará emocionante.

—¿Lo pensaba hace poco más de una hora?

—Por favor..., no lo mencione —rió, aún un poco nerviosamente, Tsava Zoupas.

Luego, tras unos minutos de silencio, rodando a buena velocidad, Morgan dijo:

—Estamos llegando. Es en Piazza Cavour..., lo que usted olvidará inmediatamente, Tsava.

—Descuide.

Poco después, el coche entraba en Piazza Cavour, y se detenía a muy escasa distancia del número 18, por Tsava en realidad, pese a que la plaza estaba solitaria en aquellos momentos. Descendieron todos del coche, y Morgan señaló el portal. Ayudó a Parkowian.

—Un nuevo esfuerzo. Parkowian.

—¿Tiene morfina? —musitó el ruso.

—Guardé un par de ampollas, sí.

—¿Arriba, entonces...?

—Sí. Es lo único que puedo hacer por usted: ahorrarle sufrimiento, en tanto pueda dejarle en manos competentes. Supongo que podrá recobrar la normalidad en sus pies. Ve delante, Tsava. Segundo piso, segunda puerta.

Tsava Zoupas pasó delante, y Morgan dejó resbalar su mirada por la esbeltísima y bien formada griega. Uno no debería tener

imaginación; o ser una piedra; poco menos que una piedra. En fin... Tsava ya estaba llamando a la puerta del piso de Paola. Ésta sólo abrió la puerta cuando pudo ver que en el rellano estaban también Morgan y Parkowian.

Abrió. Llevaba un largo jersey..., o un minivestido, era difícil de apreciar; botas altas, el cabello suelto, liso, sobre los hombros...

—Pero, Morgan..., ¿qué significa...?

—Ya te contaré, Paola. Te necesito ahora.

—Bien..., adelante.

Paola se hizo a un lado, y Morgan, con Parkowian y Tsava, penetraron en el piso. Paola cerró la puerta y quedó quieta, mirando alternativamente a Tsava y a Morgan; no hizo el menor caso, por lo menos aparentemente, a Parkowian. A Paola, tal vez, sólo le interesaba lo que pudiera haber entre Morgan y Tsava.

—Bien..., tú dirás, Morgan...

—Préstale a la señorita una falda, Paola, eso es todo.

—¿Tan sencillo?

—Ni más ni menos.

—De acuerdo... ¿Viene? —inquirió, mirando a Tsava.

—Sí, gracias.

Mientras, Morgan condujo a Parkowian a la salita. Inmediatamente, observando el estado del ruso, Morgan preparó una dosis de morfina, que le inyectó. Luego se volvió, mirando a las dos mujeres. Tsava llevaba una de las minifaldas de Paola, y parecía interrogar a Morgan con la mirada. Morgan dijo.

—¿Más tranquila?

—Oh, sí...

—Entonces, puede marcharse.

Tsava penetró en la salita, acercándose a Morgan, mirándole de un modo extraño.

Musitó:

—Lamento que esto termine así... Le prometo olvidarlo todo..., excepto a usted.

—Ya me pagas el favor, Tsava.

—Bien... ¿Adiós, entonces?

—Adiós.

Tsava acercó sus labios a los de Morgan, besándole. Luego retrocedió y, sin pronunciar una sola palabra más, salió del piso.

Paola, con el rostro impasible, lo que quizás significaba tormenta interior, se sentó en un sillón, frente a Parkowian, que estaba recobrando cierta normalidad.

—Extrañas amistades las tuyas, Morgan...

—Ya ves, sí.

—¿Qué le ocurrió a la muchacha?

—Nada de particular.

—Ya... ¿Y a ese hombre? ¿Quién es?

—Ha tenido un accidente. Es buen amigo mío y de Aurelio.

—¿Y sabéis algo de Aurelio?

—Nada... Es curioso, ¿verdad?

—Lo mejor será que os prepare algo para beber. Pero dime, Morgan: ¿va a quedarse aquí ese hombre?

—No te molestaremos. Nos trasladaremos al piso de Rizzo.

—Oh, no... No he querido decir eso, Morgan...

Se acercó a él, besándole en la barbilla. Luego fue a preparar algo de bebida para los tres. Parkowian, que en momento alguno le prestó la menor atención a Tsava, parecía obsesionado por Paola, a la que no dejaba de mirar, siguiendo todos sus movimientos con ojos enrojecidos.

Bebían su *whisky* en silencio, hasta que Parkowian inquirió:

—¿Vamos a permanecer mucho tiempo aquí?

Morgan, como si no le oyera, seguía bebiendo.

IX

EN realidad, Parkowian no se daba cuenta de la situación, porque Paola estaba de costado, y su sonrisa y la pistola se la estaba mostrando a Morgan, quien, sereno, como relajado, seguía con el *whisky*, esperando. Cuando terminó, dirigió una sonrisa a Paola.

—Ha sido una enorme sorpresa, querida —dijo Morgan.

—No... Ya sé que no. Desconfiabas de mí. Descargaste la pistola, pero... vuelve a estar cargada. Realmente, no soy tan estúpida como para suponer que un hombre del

F. B. I.,

es alguien sin ideas, nacido ayer. No, no, Morgan... Tú sabías que yo no soy Paola Lodetti, y yo sabía que perteneces al

F. B. I.

Cada uno ha realizado su juego..., con pausas realmente agradables, y ha triunfado uno de los dos. En este caso, yo.

—Tal vez no he debido volver —dijo Morgan tranquilo.

—Daba lo mismo; te seguía.

—Oh...

—Bien..., ¿qué harías en mi caso, Morgan?

—No entiendo.

—¿Me matarías? —inquirió Paola.

—Pues... no.

Ella rió.

—Comprendo que quieras salvar tu vida, Morgan...

—Soy sincero, Paola: yo no te mataría. Hemos sido buenos enemigos, en realidad... Has sido tan buena enemiga mía que, incluso, después de matar a Rizzo, colocaste en un bolsillo de su traje un alfiler de corbata que nunca le había pertenecido. Conozco algunas particularidades del arte ruso, querida; de su... orfebrería

barata. Es decir: me brindabas la oportunidad de rescatar a Parkowian.

—Para mí, claro... —sonrió Paola—. ¿Me imaginas entre una organización del calibre de la de Kuhn?

—Vaya... —Aquella vez, la sorpresa de Morgan era legítima—. Sabes más que yo, sin duda.

—Creo que sí... Kuhn es un hombre astuto, poderoso, con infinidad de recursos. Internacionalmente, en ciertos medios, es bastante conocido. En Suiza posee una fortuna enorme... ¿Sabes quién es actualmente Kuhn?

—No.

—El criado de la falsa Zoupas. Un buen camuflaje. ¿No?

—Evidentemente. Pues lo va a pasar bastante mal, porque Tsava, la legítima, la que has visto aquí hace unos instantes, va a lanzar a la Policía hacia las dos quintas. No creo que esta vez Kuhn escape.

En cuanto a su organización..., digamos que fue una organización...

—Exacto, Morgan. En cuanto te vi, adiviné tus posibilidades, y, ya has visto... Los resultados no han podido ser mejores. Yo, personalmente, muy poco hubiera podido hacer para rescatar a Parkowian. En cambio tú, querido, lo has conseguido. Eres admirable. Ha valido la pena verte en acción, ayudarte con lo de las fotografías, prestarte el coche, mimarte un poquito... Y aquí estás, con Parkowian. En fin... Tengo que pensar rápidamente sobre ti. No eres un Rizzo vulgar, a quien maté sin dificultades, sin previa reflexión; tenía que morir, y era todo. Rizzo estaba rondando por donde yo, y consideré que hasta por simple torpeza no me ayudaría de un modo conveniente. Tú eres distinto; sabes seguir un juego hasta el final.

—Me halagas, querida.

—No exagero en nada, Morgan... Yo salí de Moscú en busca de Parkowian, con muy escasas ideas sobre mis posibilidades. Tan sólo al llegar a Venecia tuve un contacto que, posteriormente, me descubrió a Rizzo, y me hizo entrega de esas fotografías. Cuando pensaba que el trabajo era superior a mis fuerzas, llegaste tú. Yo no hubiese podido enfrentarme sola a toda esa gente, Morgan... Hace falta cerebro, fuerza... Me pregunto, sin embargo, por qué has

vuelto aquí.

—Por ti, Paola.

—Has dicho que no me hubieses matado.

—No, pero íbamos a concluir el juego. Me hubieras acompañado a Washington.

Paola arqueó una ceja.

—No imagino cómo pensabas conseguirlo, Morgan —dijo.

—Del modo más simple. Hubiéramos hecho un viaje a Roma con Parkowian. Tú, por no perder la pista, habrías ido conmigo, ¿no es así?

—Eso es cierto.

—Una vez en Roma, te digo que sale un avión hacia Viena, donde Parkowian se dejó los documentos, y tú me sigues igualmente.

—En efecto.

—Pues sin darte cuenta, hubieras estado atravesando el Atlántico con Parkowian y conmigo, claro. Eso pensaba hacer contigo, Paola. ¿Puedo saber tu verdadero nombre?

—¿Para qué, Morgan...? Yo soy menos fuerte que tú. Si no te mato, voy a perder... De todos modos, para la despedida, puedes llamarme Juria... Y lo siento de veras, Morgan. No es una frase; lo lamento de verdad, pero tengo que matarte. Mi peor error sería dejar detrás de mí, tan lejos aún de Moscú, un enemigo de tu talla. Tú has venido a buscarme, y ésa ha sido tu peor jugada.

—Sí, claro... Pude ir directamente a Roma, pero... Yo pensé también que no podía dejarte atrás —sonrió Morgan—. Como ves, no te he menospreciado, ni mucho menos. Juria..., cuando quieras.

—¿Está el coche abajo?

—Sí, claro... ¿Cómo vas a arreglártelas con Parkowian?

—Es menos pesado que Rizzo; que su cadáver —dijo, con una sonrisa encantadora—. Por otra parte, empecemos a hacer las cosas bien. Deja la morfina y la jeringuilla sobre esa mesita. Cuando me convenga que Parkowian se porte bien, le presionaré con eso. Vamos, déjalo.

Morgan lo hizo; su mano, observada un tanto irónicamente por Paola, tembló ligeramente.

—¿Tienes miedo, Morgan? ¿Esperabas que con descargar mi pistola tan sólo yo ya, estaba anulada?

—Esperaba, sencillamente, que las cosas se presentaran de otra manera.

—Ya...

—¿Cómo vas a realizar el viaje hasta Moscú?

—Sencillo. Por el momento, con el coche trasladaré a Parkowian al puerto. De allí, a la isla de Elba; vuelo especial a Trieste, y estamos prácticamente en tierra yugoslava. Una vez allí, el camino está andado.

—¿Sólo saliste tú de Moscú?

—¿Sólo saliste tú de Washington? —inquirió, a su vez, Paola—. La misión debía realizarse de un modo discreto, ¿no? Por tanto...

—Un momento.

Había sido Parkowian. Juria le miró con rostro impasible.

—Usted no tiene nada que decir, Parkowian —dijo fríamente.

—Se equivoca. Cuando dispare contra Clayton, seguidamente márame a mí. No pienso seguirla.

Juria sonrió.

—Dentro de media hora, Parkowian, pasarán los efectos de la morfina, y me suplicará que le inyecte. Por otra parte, no se trata de lo que usted piense o desee, sino de lo que yo considere conveniente. Quiera o no, regresará a nuestro país. Usted es un traidor, Parkowian. Lo que usted posee, es de toda Rusia.

—No lo entregaré a Rusia, a cambio de nada; además, si llego, seré juzgado por traidor, lo sé... Y todos conocemos la sentencia. Tal vez le pida morfina, tal vez... Pero yo no llegaré a Rusia; muerto, tan sólo. Pero no de otro modo.

Juria apretó levemente los labios.

—Veremos cómo lo evita, Parkowian —dijo.

—Como sea.

—Muy bien..., no ignoro que puede crearme muchas dificultades. Usted tiene parte de sus proyectos en planos, en documentos...

—Mentira. Lo tengo todo en la mente. Pero, a veces, las mentiras son necesarias. Lo único cierto es que yo puedo resolver los problemas que tanto Rusia como Estados Unidos tienen planteados en cuanto a los sistemas de emergencia adecuados para el rescate, en plena órbita, de cualquier astronauta en pleno vuelo... Ya sé que se han gastado muchos millones en buscar la solución,

pero nadie pisa firme, y la alarma ha cundido, tras el desastre del «Soyuz-1», con Yuri Gagarin en el vehículo.

—Usted sí pisa firme, ¿no, Parkowian? —inquirió Juria.

—Sí. Yo no he perdido el tiempo, como las industrias americanas y rusas, en calcular las probabilidades de daños en plena órbita de los vehículos espaciales. El daño puede surgir en cualquier momento, por fallos del sistema de propulsión, o de control del vehículo, o incluso del sistema general de energía... Existe, claro está, otra clase de fallo que puede producirse, pero el factor es humano, y no es de mi incumbencia, si bien yo puedo solucionarlo también.

—Para Estados Unidos —dijo Juria.

Parkowian se encogió de hombros.

—Al respecto, ya expliqué mi punto de vista a Clayton. El espionaje ruso conseguiría, más o menos tarde, mi sistema de rescate sideral. Por supuesto, no un ridículo «Titán 3-N», que tardaría cuatro horas en colocarse en la órbita del vehículo espacial dañado, ni un «Saturno 1-B», que tardaría seis horas. Es demasiado tiempo. Mi sistema es mucho más rápido y eficaz. Muchos de los satélites de observación y pruebas, e incluso meteorológicos situados en órbita no se perderían, como ocurre ahora, por simples averías, de cualquier tipo, que mi «taller espacial» podría socorrer fácilmente.

Morgan, sentado aún, miró a Juria.

—¿Puedo fumar? —inquirió.

—¿Por qué no?

Encendió un cigarrillo. Miró a Parkowian.

—¿De veras no está hablando de una utopía, Parkowian? —inquirió.

—¡No! Lo tengo proyectado.

—Entonces, ¿no ocurrirían más accidentes del tipo del sufrido por Gagarin, pongamos por caso?

—Bien... Hay una industria americana que se muestra optimista, y dice que los accidentes se producirán en un dos coma tres por ciento. Yo lo reduzco a uno por cien mil..., y teniendo en cuenta que en ese uno por cien mil será el hombre quién fallará.

—¿En qué se basa su sistema?

—Es mucho hablar —dijo Parkowian—. Por supuesto, no en el

rescate desde la Tierra, ni en «autor rescate», puesto que al sufrir el desastre, el astronauta no se halla en condiciones de manejar nuevos controles. El de duplicidad tampoco es válido, porque al sufrir avería o accidente, supongamos que en un choque contra un meteorito, al ser el sistema de duplicidad, también podrían ser dañados los controles del aparato destinado a salvamento.

—Su idea es construir eso en el espacio.

—Mi idea es salvar a los que vayan al espacio.

Morgan sonrió.

—Voy a morir sin conocer el secreto, Parkowian —dijo.

—Lo lamento.

—Ya... Hum... Diga: ¿cuál es el presupuesto?

—¿Qué más da? Estados Unidos se ha gastado en un satélite del Observatorio Astronómico cincuenta millones de dólares, total para perderlo. Aunque el presupuesto, a simple vista, pudiera parecer desorbitado, con él se ahorrarían muchas veces esos cincuenta millones de dólares y vidas humanas. ¿O no nos preparamos para ir a la Luna?

—De acuerdo...

—Pero parece que yo también voy a morir sin ver ese tipo de salvamento en el espacio en acción.

Juria dijo:

—Tal vez obtenga ventajas, Parkowian. Es demasiado importante. Usted reflexione. Iba a venderse por un millón de dólares a Estados Unidos...

—Una cifra simbólica tan sólo, puesto que hubiese ganado mucho más. ¿Qué me ofrece mi país? Riesgos; sólo eso. Tal vez mañana, inaugurasen en Moscú una plaza con mi busto, pero al día siguiente correría el riesgo de verme en una celda, con el busto destrozado, y acusado de cualquier cosa. En Rusia no se puede ser inteligente.

—Lo que no se puede ser es ambicioso, Parkowian —aclaró con su voz más fría Juria.

—Para mí, un busto en una plaza no significa nada. Vivir, sí.

—La comodidad no ha de ser nuestra norma.

Parkowian esbozó una sonrisa de desprecio.

—¿Por qué está tan segura de que usted y yo deberíamos pensar del mismo modo? —inquirió.

—Es el único.

—No discutiré más —dijo Parkowian.

Juria se sintió un tanto humillada, máxime advirtiendo la sonrisa de Morgan, ligeramente irónica.

—¿Tú también me crees una estúpida de mente rectilínea y prefabricada, Morgan? —inquirió.

—Oh, vamos..., ¿qué importancia puede tener lo que yo crea, Juria?

—Está bien, no creo que sea necesario perder más tiempo. No creo que haya hecho las cosas tan mal, a pesar de la opinión de Parkowian. Me anoto un triunfo importante.

—En este aspecto, pienso como Parkowian —dijo Morgan—. Hoy, esto es un triunfo... probable. Mañana... Mañana no se sabe lo que puede ser, Juria. En fin..., ahí tienes tu presa, y... tu víctima, que soy yo.

—¿Cuál es tu triunfo, Morgan?

—¿Triunfo? La pistola la tienes tú.

—Tu serenidad no es real, entonces...

—¿Por qué crees que he de morir gritando?

—No, pero al menos...

—Un poco de miedo. Pues no; no es poco: es mucho. ¿Y qué quieres que haga?

—¡Me estás mirando con lástima!

Morgan meneó la cabeza.

—¿Vas a perder la serenidad ahora, Juria? —inquirió.

—Creo que voy a hacer mejor las cosas...

—¿Utilizarme como rehén?

—Muy inteligente. ¿Por qué no?

—Seguramente, te resultaría bastante incómodo —dijo Morgan—. Y lo mismo puedo decir de Parkowian. Pero, claro, tú no has visto su cuerpo, ni sus pies. Un hombre entero, Juria... Ha sido más fuerte que la tortura; un hombre difícil, en suma, Y te aseguro que yo no lo sería menos. Él lucha para salvar a la gente del espacio; lucha con sus armas: el cerebro. Y yo lucho por salvarle a él; porque es mi misión, y porque considero que vale la pena. Dos hombres duros, que sabemos arriesgarnos por lo que defendemos.

—Bello discurso, Morgan. Pero ese traidor y tú...

—Parkowian no es un traidor, Juria.

—¿Por qué huyó de Rusia entonces? ¿Por qué ha de vender algo que pertenece a...?

—A él —dijo Morgan—. Y basta de eso. Te digo que como rehén te causaría muchas complicaciones. ¿Quieres oír mi proposición?

—Puede ser interesante.

—Golpéame, simplemente, y huye.

—Y dentro de diez horas nos vemos en Trieste. Por favor, Morgan, ¿no puedes ser un poco más ingenioso?

—No, lo siento.

—Es lamentable... —susurró Juria—. La vida es injusta a veces.

—Sí..., es casi por norma.

Juria Poliwoda miró a Parkowian.

—Póngase en pie y camine hacia la puerta —dijo—. Tú, Morgan, sal de ahí. Sitúate de espaldas a mí; de cara a la pared.

—¿No te atreves a disparar mirándome?

—Haz lo que te digo.

Morgan la miró de un modo extraño. Silencioso, obedeció. Fue a situarse de cara a la pared.

Mientras, Juria, libre de movimientos, cuando Parkowian apenas podía arrastrar su cuerpo, tomó la jeringuilla y la morfina. Sería una buena arma para utilizar.

Parkowian, como todo el mundo, debía tener un límite. Ella podía conseguir que llegara ese límite.

X

DE cara a la pared, Morgan sentía un indefinible cosquilleo en la nuca. Oía la respiración un tanto agitada de Juria; la comprendía. Pese a la situación.

—Por última vez, Morgan: ¿cuál es tu triunfo? —inquirió la espía rusa.

—Golpéame tan sólo, y trata de huir.

—Está bien, no quiero oír más necedades. Adiós, Morgan.

Juria Poliwoda apretó el gatillo.

Lo último que hizo en su vida; corta vida, sin duda.

Se produjo un estallido inesperado, puesto que la pistola llevaba silenciador acoplado. Al mismo tiempo que el estallido, que dejó la pistola convertida en un hierro retorcido, en una mano mutilada, sonó el grito de horror de Juria, cuyo rostro quedó destrozado por hierro y plomo. Algunas de las esquirlas, con fuerza, con duro impacto, se clavaron en su frente, con lo cual su rostro se llenó inmediatamente de sangre. Cuando Morgan se volvió, despacio, Juria estaba de rodillas, mirando la pistola, aquella mano destrozada, la sangre que resbalaba por su largo jersey, o su minivestido, no había ya tiempo para preguntárselo.

Juria cayó de lado, rota la frente.

Algo espeso y caliente resbalaba por el cuello de Morgan, quien había recibido una pequeña esquirla en la mandíbula derecha. Nada importante, casi no dolía... Lo cierto era que dolía mucho más aquello: ver a Juria muriendo rápidamente, con la boca abierta, buscando un aire que sus pulmones no podían ya admitir.

Morgan fue hacia ella, mientras Parkowian, lívido, se apoyaba en el marco de la puerta, silencioso.

—Te advertí, Juria... Era tu única posibilidad: no apretar ese

gatillo.

Juria Poliwoda miraba, o trataba de hacerlo, a Morgan; quería decir algo, pero todo era inútil.

Morgan se inclinó junto a ella, mirándola. La vio morir. Era lamentable que su rostro hubiese quedado desfigurado, lleno de sangre, borrando aquella belleza juvenil, la sonrisa dulce de algunas ocasiones, la mirada brillante de unos ojos intensamente negros...

Luego, Morgan se puso en pie, con rostro impenetrable, y se acercó a Parkowian.

—Vamos, Parkowian.

—La morfina...

—Al caer ella se ha roto la ampolla. Conseguiré más, como sea, no se preocupe ahora por eso. Y hasta mi llegada, usted pudo aguantar sin la droga...

—Era casi mi límite, Clayton...

—Ya digo que la encontraré —dijo, secamente Morgan—. Vamos.

Parkowian miró a Morgan a los ojos.

—Ustedes no tienen sentimientos, ¿verdad? —dijo.

Por unos instantes, Morgan sintió deseos de abofetear al ruso investigador.

—¿Eso cree? —masculló.

—Bueno...

—No voy a llorar, por supuesto, Parkowian, No obstante, acabo de perder algo, eso no lo dude, cuando menos una buenísima enemiga. ¿No se dio cuenta de que ella luchaba por el mismo motivo que yo, sólo que en campos opuestos? Esa clase de enemigos merecen toda mi consideración. Y hay algo más, pero a usted no le interesa.

—Perdone, Clayton. No quería molestarle...

—No importa. Pero es cierto que hubiese preferido salvarla; entrando conmigo en Estados Unidos, la cosa no hubiese sido grave para ella. Así... No entendió mi triunfo; un lapso de su mente... ¿Cómo pudo pensar que me limitaría a descargar la pistola? Le coloqué un cebo en el percutor...

—Y usted sabía que cuando ella disparase...

—Moriría, sí.

—¿Y no ha querido salvarla?

Morgan frunció el ceño.

—Ella estaba dispuesta a matarme a mí —dijo—. De otro modo, no hubiese apretado ese gatillo. He defendido mi vida, simplemente. Un hombre del

F. B. I.,

y un miembro de la

M. V. D.,

salieron de sus respectivos países con una misión idéntica en el fondo. En estos casos, sólo uno regresa. Personalmente, me alegro de ser yo.

—Comprendo, claro...

—¿Nos vamos ya?

—Sí... Tendrá que ayudarme. Los pies...

—Llegaremos al coche como sea, no se preo...

Morgan calló. Inmediatamente, apagó la luz de la estancia, buscó su pistola y se deslizó hacia el pasillo. En efecto, había gente situada en el rellano... Tal vez el estallido fuese la causa de la presencia de gente; mera curiosidad, quizá, o podía ser la Policía...

Llamaban a la puerta, discretamente.

Muy bien. Le quedaba una sola carta por jugar. Abrió la puerta, rápido, por sorpresa, quedando a un lado, con la automática a punto de entrar en funciones, si ello era necesario. No obstante, Morgan, al ver al hombre que había llamado, soltó un suspiro.

—Pascutti... —murmuró.

—Están ocurriendo muchas cosas, creo, Clayton.

—Vamos, entre rápido.

—

D'Amato

está conmigo.

Pascutti y

D'Amato

penetraron en el piso. En silencio, los tres hombres fueron hacia la salita. Tras mirar a la bella Juna, muerta, los dos italianos dedicaron su atención a Parkowian.

—Sentimos lo ocurrido, Parkowian —dijo Pascutti—. No debimos permitir que le sacaran del yate, pero le aseguro que más que negligencia nuestra fue efectividad por parte de ellos...

—Sí...

Pascutti miró a Morgan.

—Tengo el yate en el puerto, Clayton. Y no conviene perder tiempo.

—¿Por qué están en Génova? —inquirió Morgan.

—¿Lo pregunta?

—Bien...

—¿Qué sabe de Rizzo? —inquirió Pascutti.

—Entiendo... Rizzo ha muerto, desde luego. No imagino cómo ni cuándo, pero está muerto... Ella lo hizo —señaló con la punta de la barbilla a la agente rusa.

—Vaya..., otro más —gruñó Pascutti—. Creo que el «Club Riviera» tendrá que descansar largamente, para reponer fuerzas... Pues bien: Rizzo debía llegar al día siguiente de haber partido usted hacia aquí. Usted, como sabe, era su relevo... Rizzo no llegó, y la ausencia de noticias era total. Nos pusimos en camino. Eso es lo ocurrido. Y como teníamos este punto de referencia, pues...

—¿Cuándo han llegado? —inquirió Morgan.

Pascutti sonrió.

—Vigilábamos hace rato. Cuando vimos que usted soltaba a la mujer que intervino en la operación de atrapar a Parkowian, empezamos a desconcertarnos, y hemos estado haciendo cábalas..., sin que hasta el momento comprendamos su decisión de soltarla, Clayton. Creo que tendrá que explicarnos eso, y la identidad de esa muerta.

—Ella era de la

M. V. D.,

En cuanto a la griega, fue solo un ardid de cierto grupo internacional.

—Pronto lo sabremos, Clayton.

Morgan sonrió con leve ironía.

—¿No me creen? —inquirió.

—Oh, sí. Pero queremos asegurarnos. Romano salió detrás de aquella mujer, y espero que tengamos informes dentro de unos minutos. Puede ser en cualquier momento.

Morgan se encogió de hombros. Él tenía la pistola en la mano y no tenía el menor objeto la violencia ni la simple discusión. En cierto modo, Pascutti razonaba de un modo lógico, habiendo observado que Tsava salía libremente de aquella casa. Por tanto,

Morgan se sentó, encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

Intervino Parkowian:

—Oigan, no perdamos tiempo... Piensen un poco en mi estado. No deben tener dudas sobre la fidelidad y eficacia del agente del F. B. I.

Clayton... Yo he visto lo que ha hecho... ¿No tienen el yate aquí? No sé qué esperamos, entonces...

Pascutti vacilaba.

—Tengo que esperar la llamada de Romano —dijo—. Aunque... tal vez sólo sea para darle instrucciones; no vamos a dejarle en tierra.

La llamada tardó dos minutos.

Pascutti tomó el teléfono.

—Pascutti —dijo.

—Es curioso, Sandro... La Policía, avisada por aquella mujer, ha efectuado una hermosa redada en Villa Rubattino... ¿Sabes?, he visto una mujer idéntica a la que salió de aquí. Ha sido detenida, junto con un criado. Luego han ido a la otra quinta, y han sacado unos cuantos cadáveres, y a un par de tipos como locos.

—De acuerdo, Romano. Ve directamente al yate. Nosotros vamos todos hacia allí. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Hasta ahora.

Pascutti colgó.

—Una mujer idéntica a la griega, un criado... ¿Quién lo entiende? —Gruñó.

Morgan sonrió un poco cansadamente.

—El criado es Kuhn, jefe de una banda internacional. Es obvio que esa banda proyectaba obtener el secreto de Parkowian, y venderlo cómo y a quién mejor les pareciera, sin desdeñar la posibilidad de venta a varios países, simultáneamente. No tengo grandes conocimientos del proyecto de Parkowian, pero ningún país se hubiese negado a comprar. Pero ha intervenido el

F. B. I.,

y la

M. V. D.

Eso es todo.

—Le felicito, Clayton...

—Ella me ayudó mucho..., creyendo que era en su beneficio. De todos modos, no puede negarse que ha sido un buen cóctel... El

F. B. I.,

M. V. D.,

una banda internacional con Kuhn al frente, ustedes... Y Parkowian con su nuevo sistema de rescate espacial. Lo que yo llamaría un cóctel sideral —sonrió—. ¿Nos vamos, Pascutti?

—Desde luego. Entre todos bajaremos cómodamente a Parkowian. Tenemos un coche abajo. Cabemos de sobra.

—¿Tienen algo de morfina en el yate? —inquirió Morgan.

—Sí... Siempre queda algo, después de una operación de desbaratamiento de contrabando.

—Parkowian va a necesitarla.

—Comprendo. Ayuda,

D'Amato.

Se iba con Parkowian.

Morgan dirigió una mirada al cadáver de Juria Poliwoda.

—Por última vez, Juria: lo siento. Demasiados ingredientes en ese cóctel sideral... Resultaba altamente explosivo, ya lo has visto.

Poco después, todos estaban en la calle, dirigiéndose a un coche grande y bastante viejo, en el que pudieron colocar a Parkowian con cierta comodidad. Un minuto más tarde, el coche arrancaba. Estaba claro que aquel edificio se llenaría pronto de policías, pero sólo encontrarían un ingrediente mudo del cóctel sideral...

—Clayton...

Morgan miró a Pascutti.

—¿Sí?

—¿No es peligroso que le conozca esa mujer, la griega...?

—No sé hasta qué punto —sonrió Morgan—. Por supuesto, no soy de los que confían ciegamente en la discreción de las mujeres. Pero pronto estaremos en el yate, navegando hacia Lido di Roma. Con la emisora del yate, trataré de comunicar con nuestra oficina del

F. B. I.,

en Roma, y solicitaré un avión para trasladar a Parkowian a Washington. Todo ha de ser rápido, cronometrado, porque Parkowian necesita asistencia médica, y en Italia no quiero arriesgarme.

—Lo tiene bien pensado, veo.

—Estuve pensando en el regreso desde que salí de Washington —sonrió Morgan—. A veces, peco de optimista. En fin..., no puedo quejarme, creo.

Tardaron sólo diez minutos en llegar al puerto viejo, donde estaba anclado el yate «Club Riviera», con sólo las luces de situación. Por aquella noche, el luminoso casino-club no entraba en funciones. Aquella noche, su utilidad era muy distinta.

Dejaron el coche, y fueron a Molo Vecchio, donde estaba el yate. Subieron a bordo, donde, en cubierta, un poco inquieta, estaba Ángela. Suspiró al ver que llegaban todos...

—¿Y Romano? —inquirió Ángela.

—No tardará.

D'Amato,

leva el ancla y prepáralo todo para la partida inmediata. Mientras, Romano tiene tiempo de llegar. Clayton y yo nos ocupamos de Parkowian.

—Bien —rezongó

D'Amato.

Descendieron al salón-bar, y Ángela se movió, preparando bebida para todos y encendiendo cigarrillos, que pasaba a cada uno de aquellos hombres.

Sólo cinco minutos más tarde llegaba Romano, y el yate se ponía en movimiento. Media hora después, Génova era un arco de luz tan sólo.

Con sólo el bañador puesto, Morgan Clayton apareció en cubierta del yate, que navegaba plácidamente bajo un agradable sol. Ángela estaba tendida en cubierta, fumando, perezosa. Miró a los ojos a Morgan y le sonrió.

—Vuelve alguna vez, Morgan —dijo—. ¿Lo harás?

—¿Por qué no? Ha sido un viaje corto, pero agradable.

—Lo cual quiere decir que lo tienes todo preparado para el salto a Washington.

—Así es. Por cierto: hay que rectificar ligeramente el rumbo, ya que el avión nos espera entre Lido di Roma y Terracina. Lo han considerado más seguro, y no había nada que oponer por mi parte.

—Tenemos tiempo, de todos modos. Siéntate a mi lado.

Morgan, con una ceja arqueada, miró a Ángela. Por aquella vez, no parecía importarle que el sol dejara ciertos puntos en blanco. El «bikini» de Ángela era, pese a ello, muy breve.

El hombre del

F. B. I.,

se dejó caer junto a ella.

Ángela le sonreía.

—Es una lástima que te vayas tan pronto, Morgan. Empiezo a considerarte como un gran amigo..., y jamás niego nada a los amigos. En fin... Así es bonito también, ¿no?

Morgan ve por unos instantes con el pensamiento al hotel «Saffi», a su cuarto, con Paola... Prefería recordarla como la dulce Paola.

—Todo es bonito, sí —murmuró.

—Lo dices sin entusiasmo, Morgan.

—Lo siento... Tengo que hacer algo, Ángela: preparar a Parkowian y darle instrucciones a Romano para buscar la costa entre Lido di Roma y Terracina. Desde el avión tendremos señales, comunicación, y espero que no haya dificultades.

—Comprendo...

—Algún día podemos vernos en Miami, Ángela. ¿No?

—Me encantaría...

—Bien... Voy a eso.

—Espera Morgan.

Le mostraba los labios.

Morgan la besó levemente.

El estallido del cóctel sideral le había alcanzado también, aunque levemente; nada grave... Algo dentro... Pero indefinible...

Nada grave, ciertamente.

FIN



JEAN.

Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145- USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas

